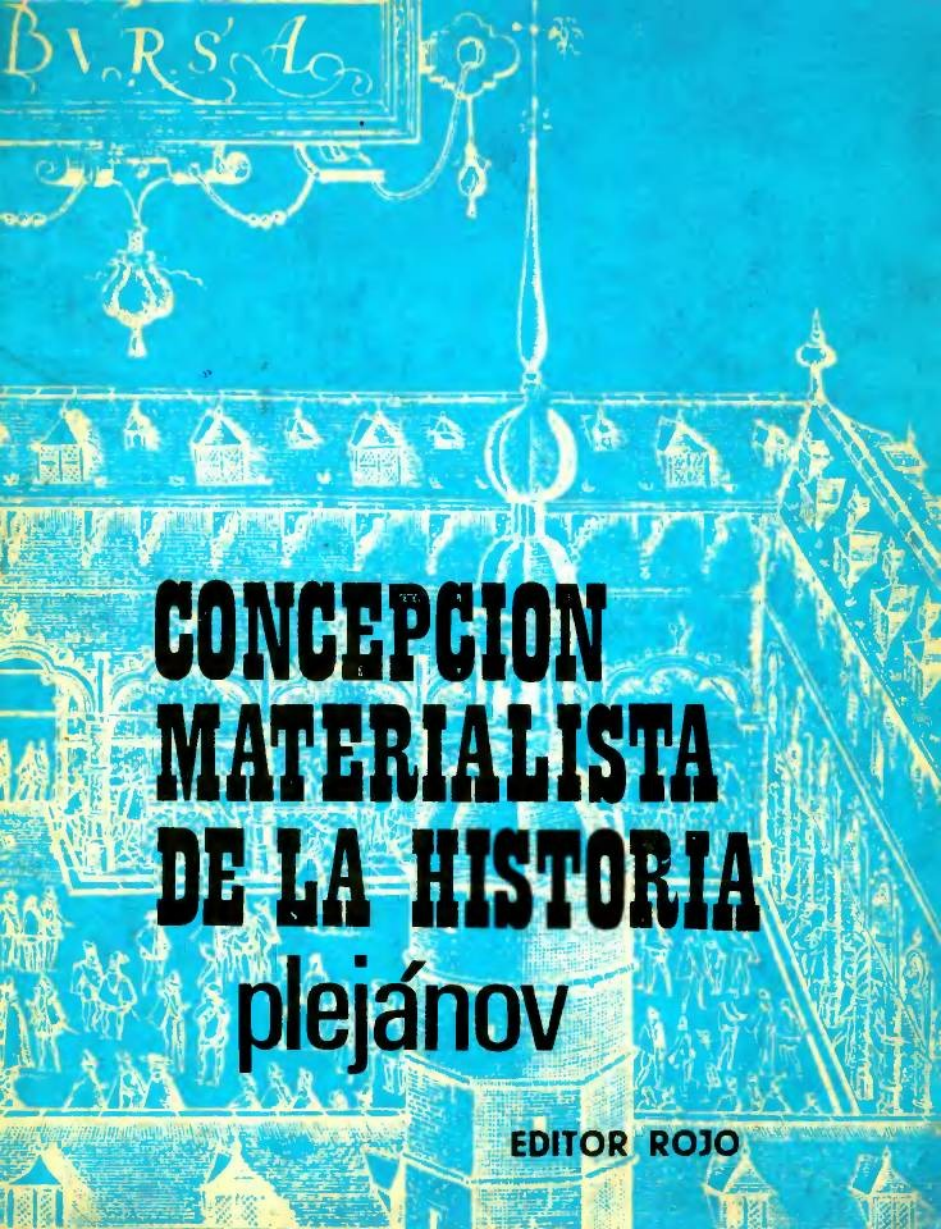


CONCEPCION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

plejánov

EDITOR ROJO

EDITOR ROJO

V 29

CONCEPCION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

plejánov

El presente trabajo sobre "La Concepción materialista de la historia" fue escrito por Plejanov (1856-1918) que fue quien inició en Rusia la propaganda y la defensa de las ideas marxistas. En sus trabajos "El socialismo y la lucha política", "Nuestras discrepancias", "Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia" y otros, Plejanov hizo una crítica brillante de los conceptos erróneos de los populistas rusos que afirmaban que en Rusia el capitalismo constituía un fenómeno "casual", que no seguiría desarrollándose ni, por consiguiente, seguiría creciendo y desarrollándose el proletariado; que soñaban con lograr el socialismo, sin el proletariado, considerando que la principal fuerza revolucionaria eran los campesinos, dirigidos por los intelectuales, y que la comunidad agraria era la base del socialismo.

Sin embargo, al asestar golpes demoledores al populismo y dar muestras de una gran maestría en la exposición de la teoría marxista y de su aplicación a la realidad rusa, Plejanov no pudo comprender la necesidad de la creación de un partido

de nuevo tipo capaz de ponerse al frente de la lucha revolucionaria del proletariado en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Plejanov no se elevó a la altura de los problemas de la época contemporánea. Después de 1903, Plejanov se deslizó hacia la charca menchevique y oportunista y propagaba ideas propias de los ideólogos de la Segunda Internacional y del menchevismo ruso.

Pero esto no significa que debamos ignorar sus primeros trabajos, Lenín, refiriéndose a Plejanov, escribió: "Sus méritos personales en el pasado son enormes. En el transcurso de veinte años, desde 1883 hasta 1903, ha escrito muchas obras magníficas". Y, en verdad, trabajos como "Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia", "El papel del individuo en la historia", "La concepción materialista de la historia", siguen conservando toda su importancia.

Al lector contemporáneo es necesario decirle que muchas de sus obras Plejanov las escribió para las ediciones sujetas a la censura y, por eso, tenía que recurrir al lenguaje esópico. No podía emplear el término "marxistas" y decía "los discípulos". No siéndole posible nombrar a Marx, se veía obligado a decir: "el conocido economista alemán". Incluso a su trabajo teórico principal sobre el materialismo histórico, y a fin de desviar la vigilancia de la censura, Plejanov le tuvo que poner por título: "Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia". En las observaciones damos la explicación de las frases convencionales.

(Essais sur la conception materialiste de l'histoire, par Antonio Labriola, professeur á l'Université de Rome, avec un préface de G. Sorel. París, 1897).

Reconocemos que cogimos el libro del profesor de la Universidad de Roma, con no poca prevención: estábamos amedrentados por las obras de algunos compatriotas suyos, por ejemplo. A. Loria (ver principalmente su libro "La teoría económica della constituzione política"). Pero ya las primeras páginas del libro nos convencieron de que no teníamos razón, que una cosa era Loria y otra Antonio Labriola. Y cuando llegábamos al final, nos embargó el deseo de hablar de él con el lector ruso. Confiamos en que éste no se quejará de nosotros por esto.

¡Son tan raros los libros buenos!

La obra de Labriola apareció primero en italiano. La traducción francesa es pesada y, a veces, francamente mala. Lo decimos con plena seguridad, aunque no tenemos a mano el

original italiano. Pero el autor italiano no puede responder por el traductor francés. En todo caso, las ideas de Labriola son claras, incluso en la pesada traducción francesa. Veamos que tal son.

El señor Kareiev, que como es sabido, lee con el mayor empeño y tergiversa con extraordinario éxito toda "obra" que tenga la menor relación con la concepción materialista de la historia, situará a nuestro autor, con toda seguridad, en el campo del "materialismo económico". Esto no será exacto. Labriola se mantiene firme y bastante consecuente en la concepción materialista de la historia; pero no se considera "materialista economista". El cree que semejante título es más aplicable a escritores como el conocido T. Rogers, que que a él y a los como él piensan. Y esto es mucho más exacto, aunque a primera vista, quizás no sea del todo comprensible.

Preguntad a cualquier populista o subjetivista qué es un materialista economista. Responderá que es un hombre que en la vida social atribuye al factor económico una importancia predominante. Así entienden el materialismo económico nuestros populistas y subjetivistas. Y es preciso reconocer que hay indudablemente quienes atribuyen al "factor" económico un papel predominante en la vida de las sociedades humanas. El señor Mijailovski, ha mencionado más de una vez a Luis Blanc, el cual hablaba sobre el predominio de dicho factor mucho antes que el conocido maestro[1] de los conocidos discípulos rusos[2]. Una cosa no comprendemos: por qué nuestro venerable sociólogo subjetivista ha parado su atención en Luis Blanc. El debería saber que, en el aspecto que nos interesa,

Luis Blanc, tenía muchos precursores, Guizot, Mignet, Augustín Thierry y Tocqueville reconocían el papel predominante del "factor" económico, por lo menos, en la historia, de la Edad Media y de los tiempos modernos. Por tanto, todos esos historiadores eran materialistas economistas. En nuestros tiempos también, T. Rogers, antes mencionado, en su libro "The economic interpretation of history" se ha declarado materialista economista convencido. también ha reconocido la importancia predominante del "factor" económico. De eso, naturalmente, no se deduce aún que las concepciones político-sociales de T. Rogers, sean idénticas a las concepciones de Luis Blanc. Por ejemplo, Rogers, se ha mantenido en el punto de vista de la economía burguesa, mientras que Luis Blanc, fue en otro tiempo, uno de los representantes del socialismo utópico. Si ustedes preguntaran a Rogers, que es lo que él piensa del régimen económico burgués, les respondería que la base de este régimen son las cualidades inherentes a la naturaleza humana, y que, por eso, la historia de la aparición de este régimen consiste en una eliminación gradual de los obstáculos que anteriormente dificultaban la manifestación de dichas cualidades o que, incluso, la hacían imposible, En cambio, Luis Blanc, declararía que el propio capitalismo es uno de los obstáculos levantados por la ignorancia y la violencia en el camino de la creación de un regimen económico, que corresponda, por fín, realmente a la naturaleza humana. Esto, como ven, es una divergencia fundamental. ¿Quién resultaría estar más cerca de la verdad? hablando con franqueza, creemos que los dos escritores estaban por igual lejos de ella; pero nosotros aquí no queremos, no podemos detenernos en esto. Lo que por el momento nos importa es otra cosa muy dis-

tinta. Rogamos al lector tomar nota de que tanto para Luis Blanc, como para Rogers, el factor económico, predominante en la vida social era de por sí, como se diría en términos matemáticos, función de la naturaleza humana y principalmente, de la inteligencia y del conocimiento humano. Lo mismo cabe decir de los historiadores franceses de la época de la Restauración antes citados. Ahora bien ¿cómo calificar la concepción histórica de quienes aún afirmando que el factor económico domina en la vida social, al mismo tiempo están convencidos de que este factor, es decir, la economía de la sociedad, constituye a su vez, el fruto del pensamiènto y del conocimiento humano? Una concepción tal no puede ser calificada de otro modo que de concepción idealista. De lo que se deduce que el materialismo económico por sí solo no excluye al idealismo histórico. Incluso esto no es todavía del todo exacto; decimos: por sí solo no excluye al idealismo, pero habría qué decir: es posible que hasta hoy no haya sido con frecuencia más que una variedad del idealismo. Después de lo expuesto se comprende que hombres como Antonio Labriola, rechacen el calificativo de materialistas economistas; precisamente porque son materialistas consecuentes y precisamente porque, desde el punto de vista histórico, su concepción es diametralmente opuesta al idealismo histórico.

II

"Sin embargo, -nos dirá, quizá, el señor Kudrin-, ustedes, siguiendo la costumbre propia de un gran número de "discípulos", recurren a paradojas, a juegos de palabras, a ardides, a malabarismos. Para ustedes, los idealistas resultaron ser mate-

rialistas economistas. Pero. en ese caso, ¿cómo llamarían a los materialistas verdaderos y consecuentes? ¿Es posible que ellos rechacen la idea del predominio del factor económico? ¿Es posible que ellos reconozcan que al lado de éste actúan en la historia otros factores también y que sería inútil que nos pusiéramos a indagar cuál de ellos domina sobre los otros? Si los materialistas verdaderos y consecuentes no se sienten inclinados, realmente, a introducir en todas partes el factor económico, no podemos menos de alegrarnos de esto".

Nosotros responderemos al señor Kudrin, que los materialistas verdaderos y consecuentes no están, en realidad, inclinados a introducir en todas partes el factor económico, Incluso, la misma cuestión de saber qué factor predomina en la vida social, les parece una cuestión desprovista de fundamento. Pero que no se apresure a regocijarse el señor Kudrin. Los materialistas verdaderos y consecuentes no llegaron a esa conclusión influenciados por los señores populistas y subjetivistas. Los materialistas verdaderos y consecuentes no pueden menos de reirse de las refutaciones que esos señores hacen de la idea del predominio del factor económico. Además, los señores populistas y subjetivistas han llegado tarde con sus refutaciones. Ya a partir de Hegel, era del todo patente la inoportunidad de la cuestión del saber qué factor predomina en la vida social. El idealismo hegeliano excluía la posibilidad misma de semejantes cuestiones. Con tanta mayor razón la excluye el materialismo dialéctico contemporáneo. Desde que apareció la "Crítica de la crítica" y, especialmente, desde la aparición del conocido libro "Zur Kritik der politischen Oekonomie" (Contribución a la crítica de la economía política)

solo gente rezagada en el terreno teórico, podía ponerse a discutir respecto a la importancia relativa de los diversos factores históricos. Sabemos que nuestras palabras no sorprenderán sólo al señor Kudrin y por eso nos apresuramos a explicarnos.

¿Qué son los factores histórico-sociales? ¿Cómo surge la idea de estos factores?

Acudamos a un ejemplo. Los hermanos Gracos, aspiran a detener un proceso desastroso para Roma; el acaparamiento de las tierras públicas por los romanos ricos. Estos resisten a los Gracos. Se entabla la lucha. Cada bando combate con ardor por sus objetivos. Si yo quisiera describir esa lucha, podría presentarla como una lucha de las pasiones humanas. Estas aparecerían, de ese modo, como "factores" de la historia interior de Roma. Pero tanto los Gracos como sus adversarios recurrían en su lucha a los medios que les proporcionaba el derecho público. Yo, naturalmente, no me olvidaré de ello en mi relato y, de ese modo, el derecho público romano resultará también un factor del desarrollo interior de la República romana.

Hay más, los hombres que luchaban contra los Gracos estaban materialmente interesados en que persistieran los abusos, que habían arraigado profundamente.

Los que apoyaban a los Gracos, estaban materialmente interesados en la supresión de estos abusos. También señalaré esta circunstancia, merced a la cual la lucha descrita por mí

aparecerá como una lucha de intereses materiales, una lucha de clases, una lucha de pobres contra ricos. Por consiguiente, ya tengo un tercer factor, y esta vez el más interesante: el famoso factor económico. Si tiene tiempo y lo desea, querido lector, puede discurrir largamente sobre el siguiente tema: ¿cuál de los factores del desarrollo interior de Roma dominaba, precisamente, sobre todos los otros? En mi relato histórico, encontrarán suficientes datos para apoyar cualquier opinión a este respecto.

Por lo que amí se refiere, no iré por el momento más allá de mi papel de simple narrador. No voy a acalorarme a cuenta de los factores. Su importancia relativa no me interesa. Como narrador, no necesito más que una sola cosa: presentar los acontecimientos de la forma más viva y exacta posible. Para eso debo establecer cierta hilación entre ellos, aunque solo sea externa, y disponerlos en una perspectiva determinada. Si menciono las pasiones que agitaban a ambas partés en lucha o el orden imperante entonces en Roma o, por último, la desigualdad patrimonial reinante en ese régimen, lo hago únicamente en interés de una exposición viva e hilvanada de los acontecimientos. Logrado este fin, me sentiré completamente satisfecho, e indiferente, dejaré que los filósofos resuelvan si son las pasiones las que predominan sobre la economía o ésta sobre aquéllas, o, por último, si nada predomina sobre nada, ya que cada "factor" sigue esta sabia ley: "Vive y deja vivir a los demás".

Será así, siempre que yo no me aparte del papel de simple narrador, ajeno a toda inclinación de "sutilezas". Pero ¿qué

sucederá si no me límito a ese papel, si me pongo a filosofar a propósito de los acontecimientos que describo? En tal caso ya no me limitaré a la simple hilación exterior de los acontecimientos; en tal caso, desearé descubrir sus causas interiores, y esos mismos factores -las pasiones humanas, el derecho público, la economía- que antes yo subrayaba y destacaba, guiado casi únicamente por el instinto artístico, adquirirán ante mis ojos una nueva y enorme importancia. Se presentarán ante mí, precisamente como esas causas internas que yo buscaba precisamente como las "fuerzas ocultas" a cuya influencia se atribuyen los acontecimientos. Crearé la teoría de los factores.

Una u otra variedad de esa teoría debe surgir, en efecto, allá donde las gentes que se interesan por los fenómenos sociales pasan de una simple contemplación y descripción de los mismos, al estudio de la hilación existente entre ellos.

Además la teoría de los factores se desarrolla a medida que aumenta la división del trabajo en la ciencia social. Todas las ramas de esta ciencia -la ética, la política, el derecho, la economía política, etc.- se ocupan de una misma cosa: de la actividad del ser social, pero abordada por cada una de ellas desde su punto de vista particular. El señor Mijailovski, diría que cada una de ellas hace "vibrar" una "cuerda" especial. Cada "cuerda" puede ser considerada como un factor del desarrollo social. Y, en efecto, hoy podemos contar casi tanto factores como "disciplinas", hay en la ciencia social.

Después de lo dicho, confiamos en que se comprenderá lo que son los factores histórico-sociales y cómo surge la idea de ellos.

El factor histórico-social es una abstracción, la idea de este factor se forma por abstracción. Gracias al proceso de abstracción, los diversos aspectos del todo social adquieren la forma de categorías aisladas, y las diferentes manifestaciones y expresiones de la actividad del ser humano -la moral, el derecho, las formas económicas, etc.- se transforman en nuestra mente en fuerzas independientes, como si ellas fueran las que despertaran las causas finales. Una vez formada la teoría de los factores, necesariamente deben comenzar las discusiones sobre qué factor debe ser reconocido como preponderante.

III

Entre los "factores" existe una influencia recíproca: cada uno de ellos influye sobre todos los otros y a su vez experimenta la influencia de estos últimos. De ahí resulta tal embrollo de influencias mutuas, de acciones directas y reacciones, que el hombre que se propone explicarse el curso del desarrollo social comienza a sentir el vértigo y la necesidad irresistible de hallar un hilo cualquiera para salir de ese laberinto. Como una amarga experiencia le ha convencido de que el punto de vista de las influencias recíprocas no conduce más que al vértigo, empieza a buscar otro punto de vista; trata de simplificar su tarea. Se pregunta si no será uno de los factores histórico-sociales, la primera causa fundamental de la aparición de todos los demás, si consiguiera resolver

en un sentido positivo este problema esencial, su tarea sería entonces, en efecto, incomparablemente más sencilla. Supongamos que se ha convencido de que todas las relaciones sociales de cada país se condicionan en su aparición y desarrollo por el curso del desenvolvimiento intelectual del país, que, por su parte, está determinado por las propiedades de la naturaleza humana (punto de vista idealista). Entonces sale fácilmente del círculo vicioso de la influencia recíproca y crea una teoría más o menos ordenada y consecuente del desenvolvimiento social. Más tarde, gracias a estudios ulteriores, es posible que él vea que se ha equivocado, que no debe considerar el desarrollo intelectual de los hombres como causa primaria de todo el movimiento social. Al mismo tiempo que reconoce su error, advertirá probablemente que le ha sido util su convicción temporal del predominio del factor intelectual sobre todos los demás pues sin ese convencimiento no hubiera podido salir del punto muerto de la influencia recíproca y no habría adelantado un paso hacia la comprensión de los fenómenos sociales.

Sería injusto condenar semejante intento de establecer tal o cual jerarquía entre los factores del desarrollo histórico-social. A su debido tiempo, era tan necesaria como inevitable la aparición de la teoría misma de los factores. Tiene razón Antonio Labriola, el cual analizó esta teoría de un modo más completo y mejor que todos los demás escritores materialistas, cuando dice que "los factores históricos constituyen algo muy inferior a una ciencia y muy superior a un craso extravío". La teoría de los factores ha contribuido por su parte al progreso de la ciencia. "El estudio especial de los factores his-

tórico-sociales ha servido -como todo estudio empírico que no va más allá del movimiento aparente de las cosas- para perfeccionar nuestros medios de observación y ha permitido encontrar en los fenómenos mismos, aislados artificialmente por la abstracción, el hilo que los une al todo social". Hoy, quien desee restablecer una parte cualquiera del pasado de la humanidad, necesita conocer las ciencias especiales, La ciencia histórica no iría muy lejos sin la filología. ¿Es que los romanistas exclusivistas, que consideraban que el derecho romano era la razón escrita, no han prestado servicios a la ciencia?

Pero, por legítima y útil que en su tiempo haya sido la teoría de los factores, hoy no resiste a la crítica. Fragmenta la actividad social del hombre, convirtiendo sus diferentes aspectos y manifestaciones en fuerzas particulares, como si ellas fuesen las que determinasen el movimiento histórico de la sociedad. En la historia del desarrollo de la ciencia social, esta teoría ha desempeñado el mismo papel que en las ciencias naturales, la teoría de las fuerzas físicas aisladas. Los éxitos de las ciencias naturales han conducido a la teoría de la unidad de esas fuerzas, a la teoría moderna de la energía. Del mismo modo, los éxitos de la ciencia social tenían que conducir a la sustitución de la teoría de los factores, fruto del análisis social, por la concepción sintética de la vida social.

La concepción sintética de la vida social no es algo exclusivo del materialismo dialéctico de nuestros días. La encontramos ya en Hegel, para quien la tarea consistía en la explicación científica de todo el proceso histórico-social considerado en su conjunto, es decir, con todos los aspectos y manifesta-

ciones de la actividad del ser social, que aparecían como factores aislados ante quienes tenían una manera de pensar abstracta. Pero Hegel, en su calidad de "idealista absoluto" explicaba la actividad social del hombre por las propiedades del espíritu universal. Desde el momento en que están dadas esas propiedades, está dada "en sí" toda la historia de la humanidad, están dados todos sus resultados finales. La concepción sintética de Hegel, era al mismo tiempo una concepción teleológica. El materialismo dialéctico moderno ha eliminado definitivamente a la teleología de la ciencia social.

El materialismo dialéctico moderno ha demostrado que los hombres no hacen su propia historia con el propósito de marchar por un camino de progreso previamente trazado y no porque deben subordinarse a las leyes de no se sabe qué evolución abstracta (metafísica, según la expresión de Labriola). La hacen aspirando a satisfacer sus necesidades, y la ciencia debe explicarnos como influyen los diferentes modos de satisfacción de esas necesidades sobre las relaciones sociales de los hombres y sobre su actividad espiritual.

Los modos de satisfacción de las necesidades del ser social, y en gran medida esas mismas necesidades, están determinadas por las propiedades de los instrumentos con los cuales el hombre, en mayor o menor escala, domina a la naturaleza; en otras palabras están determinadas por el estado de sus fuerzas productivas. Todo cambio importante en el estado de esas fuerzas se refleja también sobre las relaciones sociales de los hombres, es decir, entre otras cosas, sobre sus relaciones económicas. Para los idealistas de toda especie,

las relaciones económicas eran función de la naturaleza humana; los materialistas dialécticos consideran esas relaciones como función de las fuerzas productivas de la sociedad.

De aquí resulta que si los materialistas dialécticos consideraran permisible hablar de los factores del desarrollo social con otro objeto que no fuese el de criticar esas viejas ficciones deberían, ante todo hacer ver a los llamados materialistas economistas que su factor "predominante" es cambiante; los materialistas modernos no conocen un orden económico que de por sí corresponda a la naturaleza humana, mientras que todas las demás formas de organización económica de la sociedad serían la consecuencia de una mayor o menor violencia ejercida contra esta naturaleza. Según la doctrina de los materialistas modernos, todo orden económico que corresponde al estado de las fuerzas productivas del momento de que trate, corresponde a la naturaleza humana. Y, a la inversa, un orden económico cualquiera comienza a estar en contradicción con las exigencias de esta naturaleza, en cuanto entra en contradicción con el estado de las fuerzas productivas. De ese modo, dicho factor "predominante" resulta a su vez subordinado a otro "factor". Ahora bien, después de eso, ¿cómo un factor así puede ser factor "predominante"?

Si es así, resulta claro que hay todo un abismo entre los materialistas dialécticos y los que no sin fundamento pueden calificarse de materialistas economistas. ¿A qué corriente pertenecen esos discípulos perfectamente desagradables del maestro no del todo agradable a quienes los señores Karéiev, N. Mijailovski, S. Krivenko y demás hombres inteligentes

y sabios combatían hace poco tan apasionadamente, aunque sin mayor éxito? Si no nos equivocamos, los "discípulos" mantenían íntegramente el punto de vista del materialismo dialéctico. ¿Por qué, pues, los señores Karéiev, N. Mijailovski, S. Krivenko y demás hombres inteligentes y sabios les atribuían las ideas de los materialistas economistas y los atacaban achacándoles, precisamente sin ser ellos los que concedían una importancia exagerada al factor económico? Cabe suponer que los hombres inteligentes y sabios procedían así porque era más fácil refutar los argumentos de los materialistas economistas de grata memoria que los argumentos de los materialistas dialécticos. También cabe suponer que nuestros sabios adversarios de los discípulos han asimilado mal las concepciones de estos últimos. Esta suposición, es quizás, la más probable.

Se nos replicará, tal vez, que los "discípulos" mismos se llamaban a veces materialistas economistas y que la denominación de "materialismo económico" fue empleada por vez primera por uno de los "discípulos" franceses. Es verdad, Pero ni los "discípulos" franceses ni los rusos, relacionaban jamas con las palabras "materialismo económico" la idea que con ellas relacionan nuestros populistas y subjetivistas. Baste recordar el hecho de que, según el señor N. Mijailovski, Luis Blanc y el señor Shuloviski eran "materialistas económistas" idénticos a nuestros actuales partidarios de la concepción materialista de la historia.

No es posible mayor confusión de ideas.

IV

Eliminando de la ciencia social todo vestigio de teleología y explicando la actividad del ser social por sus necesidades y por los medios y modos de satisfacer las existentes hoy, el materialismo dialéctico[3] por vez primera confiere a dicha ciencia el "rigor" del que tan frecuentemente se vanagloriaba su hermana, la ciencia de la naturaleza. Puede decirse que la ciencia social se convierte a su vez en una ciencia natural; "nuestra doctrina naturalista de la historia" dice con razón Labriola. Pero eso no significa que para él, el dominio de la biología se confunda con el de la ciencia social. Labriola es un enemigo ardiente del "darwinismo político y social" que, desde hace ya tiempo, "ha contagiado, como una epidemia, los cerebros de muchos pensadores, particularmente de los abogados y declamadores de la sociología" y que, como una costumbre de moda, ha influido incluso sobre el lenguaje de los políticos prácticos.

Indudablemente, el hombre es un animal vinculado por lazos de parentesco con otros animales. Por su origen, no es de ningún modo un ser privilegiado; la fisiología de su organismo no es más que un caso particular de la fisiología general. En un principio, él igual que otros animales, estaba sometido totalmente a la influencia del medio geográfico que le rodeaba, medio que entonces aún no había experimentado la influencia transformadora que sobre él ejerce el hombre; tenía que adaptarse al medio, en la lucha por la existencia. Según Labriola, el resultado de esta adaptación directa al medio geográfico son las razas, por cuanto ellas se diferen-

cian una de otra por sus rasgos físicos, por ejemplo: la raza blanca, negra, amarilla y no representan formaciones histórico-sociales secundarias, es decir, naciones y pueblos. Los instintos sociales primitivos y los gérmenes de la selección sexual, provienen igualmente de la adaptación al medio geográfico en la lucha por la existencia.

Pero nosotros sólo podemos imaginarnos cómo era el "hombre primitivo". Los hombres que ahora pueblan la tierra así como los que antes fueron observados por investigadores dignos de confianza, están ya bastante alejados del momento en que la vida animal, en el verdadero sentido de la palabra, cesó para la humanidad. Así por ejemplo, los iroqueses, con sus gens materna estudiada y descripta por Morgan, han avanzado relativamente mucho por el camino del desarrollo social. Los mismos australianos de hoy no solo tienen su lenguaje -que puede llamarse condición e instrumento, causa y efecto de la vida social- y no sólo conocen el empleo del fuego, sino que viven en sociedades, con un régimen determinado, con unas costumbres e instituciones determinadas. La tribu australiana posee su territorio, sus procedimientos de caza, dispone de ciertas armas para la defensa y el ataque, tiene utensillos para guardar las provisiones, conoce el arte de adornar el cuerpo, en una palabra, el australiano vive ya en un determinado medio artificial, ciertamente muy rudimentario, al que se va adaptando desde la más temprana edad. Este medio artificial-social es condición necesaria de todo nuevo progreso. El grado de su desarrollo determina el grado de salvajismo o de barbarie de toda otra tribu.

Esta formación social primitiva corresponde a la llamada existencia prehistórica de la humanidad. El comienzo de la vida histórica supone un desarrollo todavía mayor del medio artificial y un poder mucho mayor del hombre sobre la naturaleza. Las complejas relaciones internas de las sociedades que entran en la vía del desenvolvimiento histórico no se determinan de ningún modo, propiamente hablando, por la influencia directa del medio geográfico. Implican la invención de determinados instrumentos de trabajo, la domesticación de algunos animales, la capacidad de extraer algunos metales, etc. Estos instrumentos y métodos de producción, han experimentado, según las circunstancias, cambios muy diversos; podían acusar progreso, estancamiento e incluso un regreso, pero jamás esos cambios han hecho retroceder a los hombres a una vida puramente animal, es decir a una vida sometida a la influencia directa del medio geográfico.

"La primera y más importante tarea de la ciencia histórica, es la determinación y el estudio de este medio artificial, de su origen y sus cambios. Decir que esto constituye una parte de la naturaleza, significa expresar una idea que no tiene ningún sentido definido, precisamente por su carácter general y abstracto". 4

No menos que "al darwinismo político y social" Labriola, se opone a los esfuerzos de algunos "encantadores diletantes" de relacionar la concepción materialista de la historia, con la teoría general de la evolución, la cual, según su observación severa, pero certera, ha sido convertida por muchos en una simple metáfora metafísica. Ridiculiza también la ingenua amabilidad de los "encantadores diletantes" que tratan de colocar

la concepción materialista de la historia bajo la égida de la filosofía de Augusto Comte o de la de Spencer: "esto, dice él, significa hacer pasar por aliados a nuestros más decididos adversarios".

La observación sobre los diletantes se refiere por lo visto, entre otros, al profesor Enrique Ferri, autor de una obra muy superficial: "Spencer, Darwin y Marx", aparecida en la traducción francesa bajo el título de "Socialismo y ciencia positiva"

V.

De modo que los hombres hacen su historia, al tratar de satisfacer sus necesidades. Es evidente que estas necesidades, en su origen, son suscitadas por la naturaleza; pero luego varían sensiblemente en cantidad y en calidad, bajo la influencia del medio artificial. Las fuerzas productivas, que se hallan a disposición de los hombres, determinan todas sus relaciones sociales. Ante todo, el estado de las fuerzas productivas determina las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso social de la producción, es decir, las relaciones económicas. Estas relaciones crean naturalmente ciertos intereses que encuentran su expresión en el derecho. "Cada norma jurídica defiende un interés determinado", dice Labriola. El desarrollo de las fuerzas productivas origina la división de la sociedad en clases, cuyos intereses no sólo difieren, sino que en muchos aspectos, y además fundamentales, son diametralmente opuestos. Estos tos intereses antagónicos engendran los choques hostiles entre las clases sociales, engendran la lucha entre ellas. La lu-

cha conduce al reemplazamiento de la organización de la gens por la del Estado, cuya tarea consiste en salvaguardar los intereses dominantes. Por último, sobre la base de las relaciones sociales, condicionadas por un estado determinado de las fuerzas productivas, nace la moral corriente, es decir, la moral que guía a los hombres en su vida práctica habitual.

De ese modo, el derecho, el régimen estatal y la moral de un pueblo están condicionados inmediata y directamente por las relaciones económicas que le son propias. Estas relaciones condicionan igualmente, pero de un modo ya indirecto y mediato, todas las creaciones del pensamiento y de la imaginación: el arte, la ciencia, etc.

Para comprender la historia del pensamiento científico o la historia de arte de un país no basta conocer su economía. Es necesario saber pasar de la economía a la sicología social, sin cuya comprensión y estudio atento no es posible la explicación materialista de la historia de las ideologías. Esto no significa, naturalmente, que exista un alma social o un "espíritu" popular colectivo, que se desarrolla siguiendo sus leyes propias y se manifiesta en la vida social. "Esto es misticismo puro" dice Labriola. En el presente caso, para el materialista puede tratarse solo del estado predominante de los sentimientos e ideas en una clase social dada de un país y en un tiempo dado. Tal estado de sentimientos e ideas es el resultado de las relaciones sociales. Labriola está firmemente convencido de que no son las formas de la conciencia de los hombres las que determinan las formas de su ser social, sino que, por el contrario, son las formas de su ser social, las que determinan

las formas de su conciencia. Pero, una vez surgidas sobre la base del ser social, las formas de su conciencia constituyen una parte de la historia. La ciencia histórica no puede limitarse a la simple anatomía de la sociedad; ella tiene presente todo el conjunto de los fenómenos que directa o indirectamente están condicionados por la economía social, incluso el trabajo de la imaginación. No existe ningún hecho histórico que no deba su orígen a la economía social; pero no es menos exacto que no existe ningún hecho histórico al que no haya precedido, acompañado y seguido un determinado estado de conciencia. De aquí la importancia enorme de la sicología social. Si es necesario tenerla en cuenta al tratarse de la historia del derecho y de las instituciones políticas, no es posible dar un solo paso sin ella en la historia de la literatura, del arte, de la filosofía, etc.

Cuando decimos que tal obra traduce fielmente el espíritu, por ejemplo, de la época del Renacimiento, esto significa que dicha obra corresponde por compelto al estado del espíritu de las clases que en esa época daban el tono a la vida social. Mientras no cambian las relaciones sociales, tampoco cambian la sicología social. Los hombres se habitúan a determinadas creencias, ideas, modos de pensar, a determinados métodos de satisfacer determinadas necesidades estéticas. Pero si el desarrollo de las fuerzas productivas conduce a ciertos cambios de importancia en la estructura económica de la sociedad y, por consiguiente, en las relaciones recíprocas de las clases sociales, entonces cambia también la sicología de estas clases, y con ella el "espíritu del tiempo" y el "carácter del pueblo". Este cambio se manifiesta en la aparición

de nuevas creencias religiosas o de nuevas concepciones filosóficas, de nuevas orientaciones en el arte o de nuevas necesidades estéticas.

Según Labriola, también es necesario tener en cuenta que en las ideologías desempeñan frecuentemente un papel muy grande las supervivencias de ideas y corrientes heredadas de los predecesores y mantenidas únicamente por tradición. Además, en las ideologías se refleja también el influjo de la naturaleza.

Como ya es sabido, el medio artificial transforma extraordinariamente la influencia de la naturaleza sobre el ser social. Esa influencia directa se convierte en indirecta, pero no deja de existir. El temperamento de cada pueblo conserva algunas particularidades, creadas por la influencia del medio geográfico, que hasta cierto grado se transforman, pero jamás son destruidas del todo por la adaptación al medio social. Estas particularidades del temperamento de los pueblos constituyen lo que se llama la raza. Esta ejerce una influencia indudable sobre la historia de algunas ideologías, por ejemplo, el arte. Esta circunstancia dificulta su ya de por sí nada fácil explicación científica.

VI

Hemos expuesto de un modo bastante detallado, y confiamos que bastante preciso, las concepciones de Labriola sobre la dependencia en que los fenómenos sociales se encuentran respecto a la estructura económica de la sociedad, condicionada a su vez por el estado de sus fuerzas productivas. La mayor parte de las veces, estamos completamente

de acuerdo con él. Pero en algunos puntos, sus concepciones despiertan en nosotros algunas dudas en relación con las cuales queremos hacer algunas observaciones.

Señalemos, ante todo, lo siguiente. Según Labriola, el Estado es la organización del dominio de una clase social sobre otra u otras. Es verdad. Pero eso apenas sí expresa toda la verdad. En Estados como China o el Egipto antiguo, donde la vida civilizada era imposible sin trabajos muy amplios y complejos de regulación del curso y de las crecidas de los grandes ríos y de organización de los riesgos, la aparición del Estado puede ser explicada en gran parte por la influencia directa de las necesidades del proceso social de la producción. Sin duda, la desigualdad existía ya allí desde los tiempos prehistóricos, y, en una u otra escala, tanto en el seno de las tribus que entraban a formar parte del Estado, con frecuencia absolutamente diferentes por su orígen ético, como entre las tribus. Pero las clases dominantes con las que nos encontramos en la historia de esos países conquistaron su posición social más o menos elevada, gracias, precisamente, a la organización del Estado, engendrada por las necesidades del proceso social de la producción. Apenas si cabe duda de que la casta de los sacerdotes egipcios debe su dominación a la enorme importancia que sus embrionarios conocimientos científicos tenían para todo el sistema agrícola egipcio[5].

En el Occidente, en el que, desde luego, hay que incluir también a Grecia, no observamos la influencia directa de las necesidades del proceso social de la producción -que allí no supone una organización social relativamente amplia- sobre

el nacimiento del Estado, Pero también allí esta aparición debe atribuirse, en gran parte a la necesidad de la división social del trabajo, originada por el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Esta circunstancia no impedía naturalmente, al Estado ser al mismo tiempo la organización del dominio de la minoría privilegiada sobre la mayoría más o menos esclavizada[6]. Pero esta circunstancia no debe perderse de vista en ningún caso para evitar las concepciones erróneas y unilaterales del papel histórico del Estado.

Pasemos ahora a las concepciones de Labriola sobre el desarrollo histórico de las ideologías. Hemos visto, que, según su opinión, ese desarrollo se complica por la acción de las peculiaridades raciales y, en general, por la influencia que sobre los hombres ejerce el medio geográfico circundante. Es de sentir que el autor no haya estimado necesario confirmar y aclarar esta opinión con algunos ejemplos, así nos sería más fácil comprenderle. En todo caso, es indudable que no puede ser aceptada en la forma en que está expresada.

Las tribus de pieles rojas de América no pertenecen, naturalmente, a la misma raza a la que pertenecían las tribus que en los tiempos prehistóricos habitan el archipiélago griego o las costas del mar Báltico. NO cabe duda de que en cada una de estas regiones el hombre primitivo ha experimentado influencias muy peculiares del medio geográfico. Era de esperar que la diferencia de estas influencias se reflejara sobre las obras de arte rudimentarias de los primitivos habitantes de las regiones citadas. Sin embargo, no lo observamos. En todas las partes del mundo, por diferentes que sean al mismo estado

de desarrollo del hombre primitivo corresponde el mismo grado de desarrollo del arte. Conocemos el arte de la edad de piedra, de la edad de hierro; pero no conocemos el arte de las diferentes razas; de la blanca, amarilla, etc. El estado de las fuerzas productivas se refleja incluso en los detalles. Primero, en los objetos de alfarería, por ejemplo, encontramos solamente líneas rectas y quebradas; cuadrados, cruces, zig-zags, etc. Estos elementos decorativos del arte primitivo los toma de oficios más primitivos aún: el tejido y el trenzado. En la edad de bronce, junto con la elaboración de metales, capaces de adoptar en el proceso de elaboración diversas formas geométricas, aparecen los adornos de líneas curvas; por último, con la domesticación de los animales, aparecen sus figuras y, en primer término, la figura del caballo.[7]

Ciertamente que, al dibujar la imagen del hombre, la influencia de las particularidades raciales no puede menos de dejarse sentir sobre el "ideal de belleza" de los artistas primitivos. Es sabido que cada raza, sobre todo en las primeras fases del desarrollo social, se considera la más hermosa y apreciada en alto grado precisamente aquellos rasgos que la distinguen de otras razas[8]. Pero, en primer término, estas peculiaridades de la estética racial, por cuanto son constantes, no pueden modificar con su influencia el curso del desarrollo del arte, y en segundo término, esas particularidades mismas se mantienen solo hasta un determinado momento, es decir, únicamente bajo ciertas condiciones. En los casos en que una tribu se ve obligada a reconocer la superioridad de otra tribu más desarrollada, su presunción racial desaparece, siendo reemplazada por la imitación de gustos

ajenos, considerados antes ridículos y, a veces, incluso como deshonrosos y repugnantes. En esto, ocurre con el salvaje lo mismo que con el campesino de la sociedad civilizada, que al principio ridiculiza las costumbres y la manera de vestir de los habitantes de la ciudad, pero luego, con la aparición y el aumento del dominio de la ciudad sobre el campo, trata de asimilarlos en la medida de lo posible.

En cuanto a los pueblos históricos, señalemos ante todo que la palabra raza no puede ni debe, en general, emplearse a propósito de ellos. No conocemos ni un solo pueblo histórico del que se pueda decir que es un pueblo de raza pura; cada uno de ellos es el resultado de un proceso extraordinariamente largo e intenso de cruzamiento y mezcla de diferentes elementos étnicos.

¡Prueben, después de eso, a determinar la influencia de la "raza" sobre la historia de las ideologías de tal o cual pueblo!

A primera vista parece que no hay cosa más simple y acertada que la idea de la influencia del medio geográfico sobre el temperamento de los pueblos y a través del temperamento, sobre la historia de su desarrollo intelectual y estético. Pero a Labriola, le hubiera bastado recordar la historia de su propio país para convencerse de lo erróneo de esta idea. Los italianos de hoy viven en el mismo medio geográfico en que vivían los antiguos romanos y, sin embargo, ¡qué poco se asemeja el "temperamento" de los tributarios contemporáneos de Menelik, al temperamento de los rudos conquistadores de Cartago!

Si se nos ocurriera explicar por el temperamento de los italianos la historia del arte italiano, por ejemplo, nos detendríamos muy pronto perplejos ante la cuestión de conocer las causas a que obedecen los cambios profundos que el temperamento, por su parte, ha experimentado en diferentes épocas y en distintas partes de la península de los Apeninos.

VII

En una de sus observaciones al primer libro de economía política de J.S. Mill dice el autor de los "Ensayos sobre el período de Gogol en la literatura rusa"[9].

"No diremos que la raza no tiene absolutamente ninguna importancia; el desarrollo de las ciencias naturales e históricas no ha llegado todavía a una precisión analítica suficiente para que pueda decirse en la mayoría de los casos categóricamente: tal elemento no existe en absoluto. No puede negarse en absoluto que esta pluma de acero contenga una partícula de platino. Lo único que cabe decir es que, según el análisis químico, hay indudablemente en esta pluma un número tan considerable de partículas de acero, que la parte de platino que pudiera contener sería completamente insignificante; y si esta parte existiese, no sería posible tenerla en cuenta partiendo de un punto de vista práctico... Si se trata de una acción práctica, hay que proceder con esta pluma como se debe proceder en general con las plumas de acero. De la misma manera, en las acciones prácticas, no presten atención a la raza de los hombres, procedan con ellos simplemente como con hombres... Es posible que la raza de un pueblo haya ejercido

cierta influencia sobre el hecho de que determinado pueblo se encuentra hoy en tal estado y no en otro; es imposible negarlo categóricamente; el análisis histórico no ha alcanzado todavía una exactitud matemática, absoluta; después de él, como después del análisis químico actual, queda todavía un residum, un resto pequeño, muy pequeño, para el que hacen falta métodos de investigaciones más precisos, inaccesibles todavía al estado presente de la ciencia. Pero ese residuo es muy pequeño. En la formación del Estado actual de cada pueblo, a la acción de circunstancias independientes de las propiedades innatas de las tribus corresponde una parte tan grande, que incluso si esas peculiares cualidades diferentes en general de la naturaleza humana, existiesen, quedaría para su accion un lugar muy microscópico".

Hemos recordado estas palabras al leer las consideraciones hechas por Labriola en torno a la influencia de la raza sobre la historia del desarrollo espiritual de la humanidad. El autor de los "Ensayos sobre el período de Gogol" se interesaba por el problema de la importancia de la raza, principalmente desde el punto de vista práctico; pero lo dicho por él deberían también tenerlo constantemente en cuenta todos aquéllos que se dedican a investigaciones puramente teóricas. La ciencia social ganaría enormemente si abandonáramos, por fin, la mala costumbre de achacar a la raza todo lo que nos parece incomprensible en la historia intelectual de un pueblo. Es posible que también los rasgos distintivos de las tribus hayan tenido cierta influencia sobre dicha historia. Pero esta influencia hipotética era, seguramente, tan insignificante, que en interés de la investigación vale más admitir que es nula y estudiar las particularidades observadas en el desarrollo de tal o cual pueblo como

producto de unas condiciones históricas especiales de dicho desarrollo y no como resultado de la influencia de la raza. Se comprende que nos encontraremos con no pocos casos en los que no estaremos en condiciones de indicar cuáles han sido, precisamente, las condiciones que han originado las particularidades que nos interesan. Pero loque hoy no es accesible a la investigación científica, mañana puede serlo. La invocación de las particularidades raciales no es cómoda por el hecho de que da por terminada la investigación ahí precisamente donde debe comenzar. ¿Por qué la historia de la poesía francesa no se parece a la historia de la poesía alemana? Por una razón muy sencilla: el temperamento del pueblo francés era tal, que de su seno no podía surgir ni un Lessing, ni un Schiller, ni un Goethe. ¡Gracias por la explicación; ahora todo está claro!

Labriola diría, naturalmente, que él está más lejos que nadie de semejantes explicaciones que nada explican. Y sería exacto. Hablando en términos generales. Labriola comprende perfectamente toda la inutilidad de esas explicaciones y sabe bien desde qué punto hay que abordar la solución de problemas como el citado por nosotros como ejemplo. Pero al reconocer que el desarrollo intelectual de los pueblos se complica por sus particularidades raciales, ha corrido el riesgo de inducir a sus lectores a un grave error y ha demostrado estar dispuesto a hacer, si bien es cierto que en algunos puntos de poca importancia, algunas concesiones a las viejas formas de pensar perjudiciales para la ciencia social. Contra tales concesiones van dirigidas nuestras observaciones.

No sin fundamento calificamos de vieja la concepción por nosotros refutada sobre el papel de la raza en la historia de las ideologías. Esta concepción no es más que una variedad de la teoría, muy difundida en el siglo pasado, según la cual todo el curso de la historia se explica por las propiedades de la naturaleza humana. La concepción materialista de la historia es completamente incompatible con esta teoría. Según la nueva concepción, la naturaleza del ser social cambia junto con las relaciones sociales, Por lo tanto, las propiedades generales de la naturaleza humana no pueden explicar la historia. Partidario ardiente y convencido de la concepción materialista de la historia, Labriola ha reconocido, sin embargo, en cierta medida aunque muy pequeña, la exactitud también de la vieja concepción. Pero por algo dicen los alemanes: "quien dice A, también tiene que decir B". Labriola, al reconocer la exactitud de la vieja concepción en un caso, se ha visto obligado a reconocerla también en algunos otros. ¿Es que hace falta decir que la unión de dos puntos de vista opuestos ha tenido que dañar a la cohesión del conjunto de sus concepciones?

VIII

La organización de toda sociedad es determinada por el estado de sus fuerzas productivas, Al cambiar dicho estado, tarde o temprano debe cambiar también la organización social. Por lo tanto, ésta se encuentra en un equilibrio inestable por todas partes donde las fuerzas productivas de la sociedad se desarrollan. Labriola observa con mucha razón que precisamente esta inestabilidad, junto con los movimientos sociales y la lucha de las clases sociales que ella engendra, es la que preserva

a los hombres del estancamiento intelectual. El antagonismo es la causa principal del progreso, dice él, repitiendo el pensamiento de un economista alemán muy conocido[10]. Pero inmediatamente hace una reserva. A su entender sería muy equivocado imaginar que los hombres siempre y en todos los casos, comprenden bien su situación y ven claramente las tareas sociales que ella les plantea. "Pensar así, dice Labriola, significa suponer algo inverosímil, algo que jamás ha existido".

Rogamos al lector examinar con la mayor atención esta reserva, Labriola desarrolla su pensamiento del siguiente modo:

"Las formas jurídicas, las acciones políticas y los ensayos de organización social han sido y son, a veces, acertados y, a veces equivocados, es decir, no adecuados a la situación, desproporcionados en cuanto a ésta. La historia está plagada de errores. Esto significa que si todo en ella había sido necesario en relación con el desarrollo intelectual de aquellos a quienes correspondía vencer ciertas dificultades o resolver determinados problemas, y si todo en ella tiene su causa justiticada, no quiere decir que todo era razonable en el sentido como entienden esa palabra los optimistas. Transcurrido cierto tiempo, las causas fundamentales de todos los cambios sociales, es decir, las condiciones económicas nuevas, conducían y conducen, por caminos a veces, muy retorcidos, a las formas jurídicas, a la estructura política y a la organización social que corresponden a la nueva situación. Pero no debe pensarse que la sabiduría instintiva del animal pensante se manifestaba y se manifiesta, sic et simpliciter[11], en una total y clara comprensión de todas las situaciones y que, una vez dada la estructura

económica, podemos, por una vía lógica muy simple, deducir de ella todo el resto. La ignorancia -que a su vez tiene explicación- es lo que explica en gran parte por qué la historia ha seguido tal rumbo y no tal otro. A la ignorancia hay que añadir los instintos brutales heredados por el hombre de sus antepasados, los animales y que están lejos de haber sido vencidos, así como todas las pasiones, las injusticias y todas las otras formas de corrupción -la mentira, la hipocresía, la insolencia-, que inevitablemente debían surgir y que surgen en una sociedad basada en la sumisión del hombre al hombre. Sin caer en la utopía, podemos prever y, en efecto, prevemos, la aparición en el futuro de una sociedad que, habiendo surgido del regimen social contemporáneo -y precisamente de las contradicciones de este régimen- según las leyes del movimiento histórico, no conocerá ya los antagonismos de clase... Pero esto será obra del futuro y no del presente o del pasado. Con el tiempo, y con la producción social bien organizada, la vida se verá libre del dominio de la casualidad ciega, mientras que ahora la casualidad es el orígen multiforme de todo género de sucesos inesperados y de un encadenamiento imprevisto de acontecimientos"12.

En todo esto hay mucho de verdad Pero, entrelazándose caprichosamente con el error, la verdad misma reviste aquí la forma de una paradoja no muy feliz.

Labriola tiene absoluta razón al decir que los hombres no siempre comprenden claramente su situación social y no siempre tienen una noción exacta de las tareas sociales que de ella surgen, Pero cuando, basándose en ello, invoca la igno-

rancia o la superstición como causa histórica de la aparición de muchas formas de convivencia y de muchos hábitos, Labriola, sin darse cuenta, él mismo, vuelve al punto de vista de los enciclopedistas del siglo XVIII. Antes de invocar la ignorancia como una de las causas importantes que nos explican "por qué la historia ha seguido tal rumbo y no tal otro", habría que determinar en qué sentido precisamente, se puede emplear aquí esta palabra. Sería un gran error pensar que esto se comprende de por sí. No, esto no es tan claro ni tan sencillo, como parece. Observad a la Francia del siglo XVIII. Todos los representantes ideológicos del Tercer Estado aspiraban ardientemente a la libertad y a la igualdad. Para alcanzar esta finalidad exigían la supresión de un gran número de instituciones sociales caducas. Pero la supresión de esas instituciones significaba la victoria del capitalismo, que, como lo sabemos muy bien ahora, es difícil llamar el reinado de la libertad y de la igualdad. Por eso puede afirmarse que el noble propósito de los filósofos del siglo pasado no fue logrado. Puede afirmarse también que los filósofos no supieron indicar los medios necesarios para lograrlo, razón por la cual se les puede acusar de ignorancia, como lo han hecho precisamente muchos socialistas utópicos. El mismo Labriola está extrañado de la contradicción existente entre la verdadera tendencia económica de la Francia de entonces y los ideales de sus pensadores. "¡Espectáculo extraño, contraste extraño! ", exclama. Pero ¿qué hay de extraño en eso? ¿En qué consistía la "ignorancia" de los enciclopedistas franceses? En que ellos concebían los medios para lograr el bienestar universal de un modo diferente a como los interpretamos nosotros hoy? Es que, entonces, no se podía hablar aún de esos medios: todavía no estaban

creados por el movimiento histórico de la humanidad, es decir, y hablando con más precisión, por el desarrollo de sus fuerzas productivas". Lean las "Doutes, proposés aux philosophes economistes" de Mably, lean "Code de la nature" de Morelly, y verán el grado en que esos escritores discrepaban de la enorme mayoría de los enciclopedistas a propósito de las condiciones del bienestar de la humanidad, en el grado en que soñaban con la supresión de la propiedad privada, en ese mismo grado se colocaban, primero, en una contradicción patente y flagrante con las necesidades más fundamentales, más elementales y más generales de su época; y segundo, comprendiéndolo confusamente, ellos mismos consideraban que sus sueños eran absolutamente irrealizables. Preguntamos, pues, una vez más: ¿en qué consistía la ignorancia de los enciclopedistas? ¿En qué, comprendiendo las necesidades sociales de su tiempo e indicando acertadamente los medios de su satisfacción (supresión de los viejos privilegios, etcétera), atribuian a esos medios una importancia excesivamente exagerada, considerándolas como un camino que conduce hacia la felicidad general? Esto no es una ignorancia tan crasa que digamos; en cambio, desde el punto de vista práctico, es necesario incluso reconocerla util, pues cuanto mayor era la fe que los enciclopedistas tenían en la importancia universal de las reformas que reclamaban, tanto más enérgicamente debían luchar por ellas.

Los enciclopedistas dieron pruebas de una ignorancia indudable en el sentido de que no supieron encontrar el hilo que ligara sus ideas y sus aspiraciones con la situación económica de la Francia de entonces, e incluso no sospechaban siquiera la existencia de ese hilo. Se consideraban los portavoces de

la verdad absoluta. Ahora sabemos que no existe una verdad absoluta, que todo es relativo, todo depende de las condiciones de lugar y tiempo, pero precisamente por esta razón debemos juzgar con sumo cuidado la "ignorancia" de las diferentes épocas históricas. Su ignorancia, en cuanto se manifiesta en los movimientos sociales, aspiraciones e ideales propios de dichas épocas, es también relativa.

IX

Cómo surgen las normas jurídicas? Puede decirse que cada una de ellas representa la supresión o la modificación de alguna norma vieja o de algún viejo hábito? ¿Por qué son suprimidos los viejos hábitos? Porque cesan de corresponder a las nuevas "condiciones", es decir, a las nuevas relaciones efectivas que se establecen entre los hombres en el proceso social de la producción. El comunismo primitivo desapareció a consecuencia del incremento de las fuerzas productivas. Pero estas fuerzas se desarrollan solo gradualmente. Por eso se desarrollan también gradualmente las nuevas relaciones efectivas entre los hombres en el proceso social de la producción, Por eso aumenta solo gradualmente la constricción de las normas y de las costumbres viejas y, consiguientemente, la necesidad de aplicar la correspondiente expresión jurídica a las nuevas relaciones efectivas (económicas) entre los hombres. La sabiduría instintiva del animal pensante sigue habitualmente a estos cambios efectivos. Cuando estas viejas normas jurídicas estorban a cierta parte de la sociedad para lograr sus finalidades en la vida diaria, a satisfacer sus necesidades urgentes, esta parte de la sociedad llegará con toda seguridad y de

un modo fácil a la conciencia de esta constricción; para esto hace falta un poco más de sabiduría que para darse cuenta de que es incómodo llevar un zapato muy estrecho o un arma demasiado pesada. Pero de la conciencia del constrenimiento de una determinada forma jurídica a la aspiración consciente a suprimirla, hay todavía, naturalmente, una gran distancia, Al principio, los hombres tratan simplemente de evitar aquella en cada caso particular. Recuerden lo que sucedía entre nosotros en las grandes familias campesinas, cuando, bajo la influencia del capitalismo naciente, surgían nuevas fuentes de ingreso que variaban para los diferentes miembros de la familia. El derecho familiar consuetudinario se hacía constrictivo entonces para los afortunados que ganaban más que los otros. Pero esos afortunados no se decidían tan facil y rápidamente a rebelarse contra las viejas costumbres. Durante largo tiempo recurrían a ardides, ocultaban al jefe de la familia una parte del dinero ganado. Pero el nuevo orden económico se afianzaba paulatinamente, la vieja forma de existencia familiar iba siendo poco a poco minada; los miembros de la familia interesados en la supresión de ese orden alzaban cada vez más la voz; los repartos familiares se hacían cada vez más frecuentes y, por último, la vieja costumbre desaparecía, cediendo el lugar a una nueva, originada por las nuevas condiciones, por las nuevas relaciones efectivas, por la nueva economía de la sociedad.

Por lo general, los hombres adquieren conciencia de su situación con un retraso más o menos grande respecto a las nuevas relaciones efectivas que modifican esta situación. Pero, en todo caso, la conciencia sigue a las relaciones efec-

tivas. Allí donde la aspiración consciente de los hombres hacia la supresión de las viejas instituciones e instauración de un nuevo orden jurídico es débil, este nuevo orden no está plenamente preparado por la economía social. En otras palabras la falta de claridad en la conciencia -"los yerros del pensamiento no maduro" "la ignorancia"- no indica frecuentemente en la historia más que una cosa, a saber: que el objeto del que se debe adquirir conciencia, es decir, los nuevos objetos que se van formando están insuficientemente desarrollados aún. En cuanto a la ignorancia de este género (el desconocimiento y la incomprensión de lo que aún no existe, de lo que se encuentra aún en proceso de formación)lno es, por lo visto, más que una ignorancia relativa.

Hay otra clase de ignorancia, la ignorancia respecto a la naturaleza. Se la puede llamar absoluta. Su medida la constituye el poder de la naturaleza sobre el hombre, Como el desarrollo de las fuerzas productivas significa el aumento del poder del hombre sobre la naturaleza, es evidente que el incremento de las fuerzas productivas significa la disminución de la ignorancia absoluta. Los fenómenos de la naturaleza, no comprendidos por los hombres, y por lo mismo, no subordinados a su poder, originan las diversas supersticiones. En cierta fase del desarrollo social, las concepciones supersticiosas se entrelazan estrechamente con las concepciones morales y políticas de los hombres, a las que imprimen, entonces, un matíz peculiar[13]. En el curso de la lucha provocada por el desarrollo de las nuevas relaciones efectivas entre los hombres en el proceso social de la producción, las concepciones religiosas juegan muchas veces un papel muy importante. Los

innovadores como los conservadores invocar la ayuda de los dioses, poniendo bajo su protección tales o cuales instituciones e incluso explican la existencia de dichas instituciones como expresión de la voluntad divina. Se comprende que las Euménides, consideradas por los griegos partidarios del matriarcado, contribuyeron tan poco a la defensa de éste, como Minerva al triunfo del poder paterno aparentemente grato para ella. Llamando en su ayuda a los dioses y fetiches, la gente gastaba inútilmente su tiempo y esfuerzo, pero la ignorancia que permitía creer en las Euménides no impedía a los conservadores griegos de entonces comprender que el viejo orden jurídico (o, más exactamente, el antiguo derecho consuetudinario) garantizaba mejor sus intereses. Del mismo modo, la superstición, que permitía fundar las esperanzas en Minerva, no impedía a los innovadores reconocer los inconvenientes del viejo orden de cosas.

Los dayaks de la isla de Borneo no conocían el uso de la cuña para partir leña. Cuando los europeos la llevaron allí, las autoridades indígenas prohibieron terminantemente su uso[14]. Esto, claro es, testimoniaba su ignorancia: ¿puede haber algo más absurdo que negarse a usar una herramienta que facilita el trabajo? No obstante, si reflexionan dirán, tal vez, que pueden encontrarse circunstancias atenuantes, La prohibición del uso de instrumentos de trabajo europeos constituía, seguramente una de las manifestaciones de la lucha contra la influencia europea, que comenzaba a socavar el viejo orden de cosas indígena. Las autoridades indígenas comprendían confusamente que, introduciendo las costum-

bres europeas, de su orden no quedarían ni restos. La cuña, más que otra herramienta europea, les sugería la idea del carácter destructor de la influencia europea. Y ésta es la razón de que prohiban solemnemente su uso. ¿Por qué para ellos es la cuña el símbolo de las innovaciones peligrosas? Podemos contestar a esta pregunta de una manera satisfactoria: no conocemos la causa por la cual la imagen de la cuña se asociaba en el cerebro de los indígenas con el símbolo del peligro que amenazaba a su viejo orden de cosas. Pero podemos decir con certidumbre que los indígenas no se equivocaban al temor por la firmeza de su viejo orden establecido; en efecto, la influencia europea deformaba muy pronto y activamente, cuando no las destruía, las costumbres de los salvajes y bárbaros que se sometían a ella.
bres europeas, les sugería la idea del carácter destructor de la influencia europea. Y esta es la razón de que prohiban solemnemente su uso. ¿Por qué para ellos es la cuña el símbolo de las innovaciones peligrosas? Podemos contestar a esta pregunta de una manera satisfactoria: no conocemos la causa por la cual la imagen de la cuña se asociaba en el cerebro de los indígenas con el símbolo del peligro que amenazaba a su viejo orden de cosas. Pero podemos decir con certidumbre que los indígneas no se equivocaban al temer por la firmeza de su viejo orden establecido; en efecto, la influencia europea deformaba muy pronto y activamente, cuando no las destruía, las costumbres de los salvajes y bárbaros que se sometían a ella.

Taylor dice que los dayaks condenaban públicamente el uso de la cuña, pero recurrían a ella cuando lo podían hacer

a escondidas de los otros. Ahí tienen la "hipocresía" añadida a la ignorancia. Pero ¿cuál es su orígen? Por lo visto el reconocimiento de las ventajas del nuevo método de partir la leña, a la vez que el temor a la opinión pública o a las persecuciones de las autoridades. De este modo, la sabiduría instintiva del animal pensante criticaba la medida que ella misma había adoptado. Y esa crítica era certera: prohibir el uso de las herramientas europeas no significaba, de modo alguno, eliminar la influencia europea.

Recurriendo a la expresión de Labriola, podríamos decir que en el presente caso los dayaks adoptaron una medida que no correspondía a su situación, una medida desproporcionada. Tendríamos completa razón. A esa observación de Labriola podríamos agregar que los hombres inventan frecuentemente semejantes medidas desproporcionadas, medidas que no corresponden a la situación. ¿Qué se deduce de ésto? Unicamente que nosotros debemos esforzarnos por averiguar si no habrá alguna dependencia entre este genero de errores de los hombres, por un lado, y el carácter o grado de desarrollo de sus relaciones sociales, por otro. Tal dependencia existe, ciertamente. Labriola dice que la ignorancia puede a su vez tener una explicación. Nosotros decimos: no solo puede, sino que debe ser explicada, siempre que la ciencia social se convierta en una verdadera ciencia. Si la ignorancia puede ser explicada por las causas sociales, no hay por qué invocarla, ni decir que es ella la que descubre por qué la historia ha seguido tal rumbo y no tal otro. El secreto no reside en la ignorancia, sino en las causas sociales que la originan y que le imprimen un aspecto, un carácter determinado. ¿Por qué, pues, limitar

la investigación a simples invocaciones a la ignorancia que nada explican? Cuando se trate de la concepción científica de la historia, la invocación de la ignorancia no testimonia sino la ignorancia del investigador.

X

Toda norma de derecho positivo defiende un determinado interés. ¿De dónde provienen los intereses? ¿Son el producto de la voluntad y de la conciencia humanas? No, son creados por las relaciones económicas que se establecen entre los hombres. Una vez surgidos, los intereses se reflejan en la conciencia de los hombres. Para defender un determinado interés, se precisa adquirir conciencia del mismo. Por eso, todo sistema de derecho positivo puede y debe ser considerado como un producto de la conciencia[15]. No es la conciencia de los hombres la que crea los intereses defendidos por el derecho, y por consiguiente, no es la conciencia la que determina el contenido del derecho: pero el estado de la conciencia social (de la sicología social) de una época determinada, es el que determina la forma que adoptará en los cerebros humanos el reflejo de un interés determinado. Sin tener en cuenta el estado de la conciencia social, es absolutamente imposible explicar la historia del derecho.

En esta historia es necesario distinguir siempre y de una manera concienzuda la forma y el contenido. Desde el punto de vista formal, el derecho al igual que todas las demás ideologías, siente la influencia de todas o, por lo menos, de una parte de las otras ideologías; creencias religiosas, concepciones filo-

sóficas, etc. Esta sola circunstancia ya dificulta en cierto grado, a veces en un grado muy importante, el descubrimiento de los hombres y sus relaciones recíprocas en el proceso social de la producción. Pero esto no es más que un mal a medias[16]. El verdadero mal reside en que en las diversas fases del desarrollo social, cada ideología siente en un grado muy desigual la influencia de las otras ideologías. Así, el antiguo derecho egipcio, y, en particular, el romano estaban subordinados a la religión: en la historia moderna, el derecho se ha desarrollado (repetimos, y rogamos tenerlo presente que esto es así desde el punto de vista formal) bajo una fuerte influencia de la filosofía. Para eliminar la influencia de la religión sobre el derecho y remplazarla por su propia influencia, la filosofía hubo de sostener una lucha encarnizada. Esta lucha no era más que el reflejo ideológico de la lucha social del Tercer Estado contra el clero, pero, no obstante, ha dificultado enormemente la elaboración de las verdaderas concepciones sobre el orígen de las instituciones jurídicas, puesto que, gracias a esta lucha, dichas instituciones aparecerían como un producto evidente, indudable de la lucha de concepciones abstractas. No cabe duda de que Labriola, hablando en términos generales, comprende perfectamente, qué genero de relaciones efectivas se ocultan tras esa lucha de concepciones. Más, cuando se trata de particularidades, él depone sus armas materialistas ante la dificultad del problema y considera posible, como hemos visto, limitarse a invocar la ignorancia o la fuerza de la tradición. Además, se remite al "simbolismo" como causa última de muchas costumbres.

Es cierto que el simbolismo no es un "factor" despreciable

en la historia de algunas ideologías. Pero no puede ser incluido entre las causas últimas de las costumbres. Veamos el siguiente ejemplo: En la tribu caucasiana de los ichaves, la mujer se corta la trenza cuando muere un hermano, pero no lo hace cuando muere su marido. Es un rito simbólico que ha sustituido a una costumbre más antigua: la de ofrendar la vida sobre la tumba del difunto. Pero ¿por qué cumple la mujer ese ritual simbólico sobre la tumba del hermano y no sobre la del marido? Según Kovalevski, en este rasgo "no se puede dejar de advertir una supervivencia de épocas lejanas, en las que al pariente de más edad por la línea materna, el pariente más próximo, era el jefe del clan unido por el hecho verdadero o imaginario de proceder de la mujer fundadora de la gens"17.

De aquí se deduce que las acciones simbólicas se hacen comprensibles sino cuando conocemos el sentido y el origen de las relaciones que ellas señalan. ¿Cuál es el orígen de esas relaciones? La respuesta no hay que buscarla naturalmente, en las acciones simbólicas, aunque éstas pueden darnos a veces algunas sugerencias útiles. El orígen de esta costumbre simbólica se explica por la historia de la familia, y la explicación de la historia de la familia debe buscarse en la historia del desarrollo económico.

En el caso que nos interesa, este rito ha sobrevivido a la forma de relaciones familiares a las que debe su origen. Es este un ejemplo de la influencia de la tradición, invocada por Labriola en su libro. Pero la tradición puede conservar únicamente lo que ya existe. Ella no solo no explica el orígen de un determinado rito o, en general, de una determinada forma, sinò ni siquiera su conservación. La fuerza de la tradición, es

la fuerza de la inercia. En la historia de las ideologías, se plantea frecuentemente la cuestión de saber porqué se ha conservado tal rito o tal costumbre, a pesar de haber desaparecido no sólo las relaciones que lo han originado, sino las demás costumbres o ritos afines, engendrados por esas mismas relaciones. Esta cuestión equivale a la de saber por qué la acción destructora de las nuevas relaciones no ha acabado con este rito o esta costumbre, habiendo suprimido los otros. Responder a esta pregunta invocando la fuerza de la tradición significaría limitarse a repetirla de un modo afirmativo. ¿Cómo, pues, resolver esto? Hay que remitirse a la sicología social.

Desaparecen las viejas costumbres y los viejos ritos cuando entre los hombres se establecen nuevas relaciones mutuas. La lucha de los intereses sociales encuentra su expresión en la lucha de los nuevos hábitos y ritos contra los viejos. Ningún rito o hábito simbólico por sí solo puede ejercer una influencia positiva o negativa sobre el desarrollo de las nuevas relaciones. Si los conservadores defienden calurosamente las viejas costumbres, es porque en su cerebro la idea de un régimen social ventajoso, familiar y querido se asocia fuertemente a la idea de estas costumbres. Si los innovadores odian esas costumbres y se burlan de ellas, es porque en su cerebro la noción de estas costumbres se asocia a la noción de relaciones sociales incómodas, inconvenientes y desagradables para ellos. Por consiguiente, se trata aquí esencialmente de la asociación de ideas. Cuando observamos que cierto rito ha sobrevivido no solo a las relaciones que lo han engendrado, sino también a los ritos afines originados por esas mismas relaciones, debemos deducir que en el cerebro de los innovadores, la idea de es-

te rito no estaba tan fuertemente vinculada a la idea del pasado odioso como la idea que se había formado de otras costumbres. Pero ¿por qué no tan fuertemente? A veces es fácil y otras veces completamente imposible responder a esta pregunta, por falta de los datos sicológicos necesarios. Pero incluso en los casos en que nos vemos obligados a reconocer insoluble este problema, por lo menos, dado el nivel actual de nuestros conocimientos debemos, no obstante, recordar que no se trata solamente de la fuerza de la tradición, sino de determinadas asociaciones de ideas provocadas por determinadas relaciones efectivas entre los hombres en la sociedad.

La historia de las ideologías se explica en gran parte por la formación, modificación y destrucción de asociaciones de ideas bajo la influencia de la formación, modificación y destrucción de determinadas combinaciones de fuerzas sociales. Labriola no ha prestado a este aspecto del problema toda la atención que se merecía. Esto se pone claramente de relieve en su concepción de la filosofía.

XI

Según Labriola, la filosofía, en su desarrollo histórico, se confunde en parte con la teología y en parte representa el desarrollo del pensamiento humano en su relación con los objetos que entran en el círculo de nuestra experiencia. En tanto, en cuanto se distingue de la teología, ella se ocupa de los mismos problemas a cuya solución va dirigida la investigación científica, propiamente dicha. Al hacerlo, la filosofía o tiende a adelantarse a la ciencia dando sus propias hipótesis,

o sintetiza simplemente y somete a una elaboración lógica ulterior las soluciones halladas ya por la ciencia. Y esto, naturalmente, es exacto. Pero esto por sí solo, no es toda la verdad. Tenemos la filosofía moderna. Para Descartés y Bacón, la tarea más importante de la filosofía consiste en la multiplicación de los conocimientos de las ciencias naturales con el fin de acrecentar el poder del hombre sobre la naturaleza. Por consiguiente, en aquella época, la filosofía se ocupa precisamente de los mismos problemas que constituyen el objeto de las ciencias naturales. Podría pensarse por lo tanto, que sus soluciones están determinadas por el estado de las ciencias naturales. Sin embargo, no es del todo así. El estado de las ciencias naturales en aquella época no nos puede dar una explicación de la actitud de Descartes, ante algunos problemas filosóficos, por ejemplo, el problema del alma, etcétera, pero esta actitud se explica muy bien por el estado social de la Francia de entonces. Descartes separa rigurosamente el dominio de la fe, del dominio de la razón. Su filosofía no se opone al catolicismo, sino que, por el contrario, trata de confirmar algunos de sus dogmas con nuevos argumentos. En este caso, ella expresa muy bien el estado de espíritu de los franceses de aquella época. Después de las prolongadas y sangrientas conmociones del siglo XVI, en Francia aparece la tendencia general hacia la paz y el orden. En el terreno de la política, esta tendencia encuentra su expresión en la simpatía por la monarquía absoluta, en el terreno del pensamiento, se expresa por cierta tolerancia religiosa y por el deseo de evitar las cuestiones litigiosas que recordarán la guerra civil reciente. Tales eran las cuestiones religiosas. Para evitarlas había que separar el dominio de la fe, del dominio de la razón. Esto

es lo que hizo, como hemos dicho, Descartes. Pero tal delimitación era insuficiente. En interés de la paz social, la filosofía hubo de reconocer solemnemente que los dogmas religiosos eran verdaderos. Y también esto lo hizo en la persona de Descartes. Por esto es por lo que el sistema de este pensador, sistema materialista en sus tres cuartas partes por lo menos, fue acogido con simpatía por muchos eclesiásticos.

El materialismo de La Mettrie, desciende lógicamente de la filosofía de Descartes. Pero con el mismo derecho podrían hacerse deducciones idealistas. Si los franceses no las han hecho, ha sido por una causa social bien definida; la actitud negativa del Tercer Estado de la Francia del siglo XVIII hacia el clero. Y si la filosofía de Descartes ha nacido de la aspiración a la paz social, el materialismo del siglo XVIII anunciaba, en cambio, nuevas conmociones sociales.

Con esto vemos que el desarrollo del pensamiento filosófico, en Francia, no se explica solo por el desarrollo de la ciencia natural, sino también por la influencia directa que sobre ella han ejercido las relaciones sociales en desarrollo. Esto se pone aún más de manifiesto cuando analizamos atentamente la historia de la filosofía francesa desde otro punto de vista.

Sabemos ya que Descartes consideraba que la tarea principal de la filosofía era acrecentar el poder del hombre sobre la naturaleza. El materialismo francés del siglo XVIII considera como su principal deber sustituir ciertas viejas ideas por otras nuevas, sobre cuya base podrían establecerse relaciones sociales normales. Los materialistas franceses no dicen casi nada

sobre el incremento de las fuerzas productivas de la sociedad. Es una diferencia esencial. ¿De donde proviene?

El desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo XVIII, en Francia, se veía extraordinariamente trabado por relaciones sociales de producción caducas, por instituciones sociales arcaicas. Era absolutamente necesario suprimir estas instituciones en interés del desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. Todo el sentido del movimiento social de aquella época, en Francia consistía en la supresión de dichas instituciones. En la filosofía, la necesidad de esta supresión encontró su expresión en la lucha contra las caducas concepciones abstractas, surgidas de las anticuadas relaciones de producción.

En la época de Descartes, esas relaciones distaban mucho de de ser viejas; junto con otras instituciones sociales, surgidas de esas relaciones, no impedían el desarrollo de las fuerzas productivas, sino que lo favorecían. Por eso nadie pensó entonces en suprimirlas. Por esta razón la filosofía se planteaba directamente el problema de aumentar las fuerzas productivas, el problema práctico más importante de la naciente sociedad burguesa.

Esto lo decimos refutando a Labriola. ¿Es que nuestras objeciones están de más? ¿Es que se ha equivocado él en la expresión, pero en el fondo está de acuerdo con nosotros? Nos alegraría mucho que esto fuera así; a todo el mundo le agrada comprobar que hay personas inteligentes que están de acuerdo con la opinión de uno mismo.

Pero si él no estuviera de acuerdo con nosotros, repeti-

ríamos, lamentándolo, que este hombre se ha equivocado. Con esto quizá diéramos motivo a nuestros vejestorios subjetivistas para burlarse una vez más respecto a que entre los partidarios de la concepción materialista de la historia, es difícil distinguir a los "auténticos" de los "no auténticos". Pero nosotros les replicaríamos que "se ríen de sí mismos". Un hombre que por sí mismo ha comprendido bien el sentido de un sistema filosófico puede fácilmente distinguir a sus verdaderos partidarios de los falsos. Si los señores subjetivistas se tomaran el trabajo de analizar la interpretación materialista de la historia, sabrían donde están los verdaderos "discípulos" y donde los usurpadores que en vano se apropian de ese gran nombre. Pero como no se han tomado ni se tomarán ese trabajo, quedarán necesariamente sumidos en la perplejidad. Es el destino común de todos los elementos retardatarios, de todos los que han abandonado las filas del ejército activo del progreso. A propósito de progreso. ¿Recuerda, lector, los tiempos en que los "metafísicos" eran profanados, la filosofía era estudiada siguiendo el "Lewis" y, en parte, por el "Manual de Derecho Criminal" del señor Spasóvich, y en que para los lectores "progresistas" fueron inventadas "fórmulas" especiales, en extremo simples y comprensibles incluso para los niños de corta edad? ¡Tiempos felices aquéllos! Esos tiempos han pasado, se han disipado como el humo. Otra vez comienza la "metafísica" a atraer a los espíritus rusos, el "Lewis" se pasa de moda y las consabidas fórmulas del progreso son olvidadas por todos. Hoy, incluso los mismos sociólogos subjetivistas -convertidos en hombres "venerables" y "honorables"-, rara vez se acuerdan de esas fórmulas. Es notable, por ejemplo, que nadie se haya acordado de ellas

precisamente en un momento en el que parecía que eran muy necesarias, es decir, cuando se entabló entre nosotros la discusión de si podemos desviarnos del camino del capitalismo, al camino de la utopía. Nuestros utopistas se escondieron tras un hombre que, defendiendo una fantástica "producción popular", aparentaba ser, al mismo tiempo, partidario del materialismo dialéctico moderno. El materialismo dialéctico sofisticado resultó así la única arma digna de atención en manos de los utopistas. En vista de ello, sería muy útil ver como interpretan el "progreso" los partidarios de la concepción materialista de la historia. Es cierto que se ha hablado ya mucho de esto en nuestra prensa. Pero primero, la concepción materialista moderna del progreso es aún poco clara para muchos y, segundo, Labriola, la ilustra con unos cuantos ejemplos muy apropiados y la aclara con unas cuantas consideraciones muy acertadas, aunque, desgraciadamente, no lo hace de un modo sistemático y en toda su amplitud. Las consideraciones de Labriola deben ser completadas. Confiamos en que podremos hacerlo en un momento más propicio, porque ahora es preciso terminar.

Antes de dejar la pluma, rogamos una vez más al lector que tenga presente que el llamado materialismo económico, al que refutan -en una forma poco convincente, desde luego- nuestros señores populistas y subjetivistas, tiene muy poco de común con la moderna concepción materialista de la historia. Desde el punto de vista de la teoría de los factores, la sociedad humana es una carga pesada a la que diversas "fuerzas" -la moral, el derecho, la economía, etc.-, arrastran, cada una de su lado, por el camino histórico. Desde el punto de vista de la

moderna concepción materialista de la historia, las cosas toman un aspecto completamente distinto. Los "factores" históricos resultan simples abstracciones y cuando la niebla que ellas forman desaparece, resulta evidente que los hombres no hacen varias historias, diferentes las unas de las otras; la historia del derecho, la historia de la moral, de la filosofía, etc., sino una sola historia de sus propias relaciones sociales, condicionadas por el estado de las fuerzas productivas de la época de que se trate. Lo que llamamos ideologías no son otra cosa que reflejos diversos en el espíritu de los hombres de esta historia única e indivisible.

NOTAS

1 Carlos Marx

2 Marxistas rusos

3 Labriola lo llama como Engels, materialismo histórico

4 Labriola, obra citada, pag. 144.

5 Uno de los reyes caldeos dice, hablando de sí mismo: "He estudiado los misterios de los ríos para el bien de los hombres... He llevado el agua de los ríos al desierto; he llenado con ella las acequias secas... He regado las llanuras desiertas; he llevado a ellas la fertilidad y la abundancia. Las he convertido en el país de la felicidad". En forma exacta, aunque jactanciosa, se describe aquí el papel del Estado Oriental en la organización del proceso social de la producción.

6 Como tampoco le impide ser, en algunos casos, el fruto de la conquista de un pueblo por otro. En la sustitución de unas instituciones por otras, desempeña un papel muy acusado la violencia. Pero esta no explica en modo alguno la posibilidad de semejante sustitución, ni sus resultados sociales.

7 Véase la introducción a la Historia del Arte de Guillermo Lübke.

8 Véase el orígen del Hombre, de Darwin.

9 N. Chernishevski (1828—1889), gran hombre de ciencia y crítico ruso.

10 Léase: C. Marx (N. de la R.)

11 Pura y simplemente (N. de la R.).

12 Ensayos, pág. 183-185.

13 M. Kovalevski, en su libro Leyes y costumbres del Cáucaso, dice "El análisis de las creencias religiosas y supersticiones de los ichaves nos hace llegar a la conclusión de que bajo el manto oficial de la religión ortodoxa, este pueblo se encuentra hasta hoy en un estado de desarrollo que Tylor llama muy acertadamente animismo. Dicho estado va acompañado por lo general, como es sabido, por una subordinación a la religión tanto de la moral social como del derecho" (Tomo segundo, pág. 82). Pero la cosa está en que, segun Tylor el animismo

primitivo no ejerce ninguna influencia ni sobre la moral ni sobre el derecho. En esta fase del desarrollo no hay relación recíproca "entre la moral y el derecho, o esta relación permanece en estado embrionario". El animismo salvaje carece casi por completo del elemento moral que a los ojos del hombre civilizado constituye la esencia de toda religión práctica... las leyes morales tienen su base particular, etc. (La Civilización primitive, París, 1876, tomo segundo, páginas 463-464). Por eso sería más exacto decir que las supersticiones religiosas se entrelazan con las nociones morales y jurídicas solo en una escala determinada del desarrollo social, relativamente bastante elevada. Lamentamos mucho que el espacio de que disponemos no nos permita exponer aquí la explicación dada a esto por el materialismo moderno.

14 E.B. Tylor, La civilization primitiva, París. 1876, t. I, Pág. 82.

15 "El derecho no es, como las llamadas fuerzas físicas naturales, algo que exista al margen de la acción del hombre. Por el contrario, es un orden establecido por los hombres para sí. En el presente caso es indiferente que el hombre, en su actividad, obedezca a la ley de la casualidad o que obre libremente, arbitrariamente. Sea como sea, el derecho, según la ley de la casualidad y según la ley de la libertad, no se crea al margen de la actividad del hombre, sino, por el contrario, sólo a través de su actividad, por su intermedio". (N.M. Korkunov, Conferencias sobre la teoría general del derecho, Petersburgo, 1894), pág. 279). Esto es perfectamente exacto, aunque está muy mal formulado. Pero el señor Korkunov ha olvidado añadir que los intereses que el derecho defiende no son creados por los hombres para sí, sino que están determinados por sus relaciones recíprocas en el proceso social de la producción.

16 Aunque también esto se refleja muy desfavorablemente incluso sobre obras, como por ejemplo, Leyes y costumbres del Cáucaso, del señor Kovalevski. Con frecuencia, el señor Kovalevski interpreta allí el derecho como producto de las concepciones religiosas. El verdadero camino para la investigación es otro: el señor Kovalevski debía haber analizado también las creencias religiosas y las instituciones jurídicas de los pueblos caucasianos como producto de sus relaciones sociales en el proceso de la producción y, después de descubrir la in-

fluencia de una ideología sobre otra, tratar de descubrir la causa única de esa influencia. El señor Kovalevski, debería evidentemente haberse inclinado a este método de investigación con tanta mayor razón cuanto que él mismo en otras obras suyas reconoce categóricamente la dependencia causal en que las normas jurídicas se encuentran respecto a los modos de producción.

17 Leyes y costumbres del Cáucaso, t. II, pág, 75.

ADVERTENCIA

El presente ensayo fue la respuesta al comentario de N.K. Mijailovski. Sobre nuevas palabras y sobre la nueva palabra (Novoe slovo) publicado en el número de octubre de 1897 de Rússkoie bogatstvo ("La riqueza rusa"). A su vez, este comentario era un comentario al artículo de Plejanov, (Kamenski). Sobre la concepción materialista de la historia, publicada en el número de septiembre de 1897 de Novoie slovo.

Años después, en 1906, Plejanov escribió en el prefacio a su recopilación Crítica de nuestros críticos, y en relación a esta respuesta de Mijailovski: "En lo que se refiere al ensayo Sobre la concepción materialista de la historia se produjo en su tiempo la historia, no desprovista de interés, que narro a continuación.

"Los artículos de los señores subjetivistas y populistas que atacaban la concepción materialista de la histor cieron nacer en mí la convicción de que, al utilizar nues os términos, ellos no comprendían realmente los conceptos correspondientes. Con el propósito de convencer igualmente a los lectores yo decidí exponer nuestra teoría histórica con otras palabras; y esto fue lo que hice en el citado artículo. Las cosas sucedieron como yo había previsto. Uno de nuestros mayores adversarios, sin darse cuenta de lo que ocurría, proclamó que yo renegaba del "materialismo económico". Mis cálculos triunfaron y yo ya tenía preparada una -como dijo Chatski- "respuesta atronadora". Pero el número en el cual debía aparecer esta respuesta fue prohibido y mi respuesta quedó sin publicar. Su publicación no me parece ahora oportuna". ()(Obras, t.XVIII, págs. 294-295).

La edición prohibida de la revista Novoie slovo -el número de diciembre- fue confiscada por la censura. En la correspondencia de Plejanov se hacen referencias al presente artículo. En una carta del 22 de octubre de 1897, Vera Zasulich expresa la esperanza de que Plejanov tenga listas, contra el artículo de Mijailovski, "algunas baterías". (Grupo "La liberación del trabajo", sb. VI, pág. 188). En otra carta del 16 de enero de 1898, Vera Zasulich escribe: "Querido Georges: ¿Qué se ha hecho del artículo que usted me prometió? Hasta ahora, la última palabra impresa la tiene Mijailovski..." (ibíd,, pág. 190).

Después de la clausura de Novoie slovo Plejanov siguió negándose al parecer, a publicar su artículo en la revista

Nachalo ("El Comienzo"), de los "marxistas legales". En una carta no publicada del 17 de mayo de 1899, P.V. Struve le escribe: "La publicación de su artículo contra Mijailovski dependerá exclusivamente de consideraciones que tienen que ver con la censura".

De tal modo en el año 1899 Plejanov aún no consideraba "inoportuna" la publicación de su artículo. Pero más adelante, cuando la ideología pequeño-burguesa del populismo quedó al descubierto y murió (en 1904) el principal y más vigoroso de sus representantes, N.K. Mijailovski, Plejanov no juzgó necesario ni posible continuar la polémica y "...lanzarme con nuevas armas contra mi adversario, obligándolo a luchar con armas viejas".

Basándose en los datos citados es posible situar el momento en que se escribió este artículo: entre fines de 1897 y enero de 1898.

Plejanov no llegó a poner un título a su artículo. Se le empezó a llamar Sobre el factor económico, por el hecho de que la polémica giraba en torno a este concepto, muy utilizado por los populistas, que lo desfiguraban en todas formas y lo esgrimían en sus absurdas acusaciones contra los marxistas.

I

En nuestro país hay muchas personas, a quienes no les gusta la polémica, especialmente "la polémica recia". Por supuesto, no se debe discutir sobre gustos, pero los gustos varían. Hubo un tiempo en que a los rusos les gustaba mucho la polémica. Recordad a Belinsky, recordad al autor de los "Ensayos sobre la literatura rusa de la época de Gogol. " ¡Sorprendentes, en verdad, son nuestras concepciones en literatura y todos los otros terrenos! Se plantean eternamente cuestiones como ésta: ¿por qué el labrador ara el campo con un grosero arado de hierro? ; pero ¿de que otra manera se puede desmontar un terreno fertil, pero desnivelado o irregular? ¿Realmente es tan difícil entender que sin guerra no se resuelve ningún problema importante, y que la guerra se lleva a cabo a sangre y fuego, y no con frases diplomáticas, apropiadas tan solo cuando el objetivo de la guerra armada ha sido ya obtenido? No es tolerable el ataque al inerme y al indefenso, al viejo y al inválido; pero los poetas

y los literatos contra quienes luchaba Nadiezhdin no entraban en estas categorías...". Comparto enteramente este punto de vista de Chernyshevski; yo también creo que las frases diplomáticas melosas no sirven para resolver ningún problema importante, y que, en contra del proverbio, una buena pelea suele ser mucho más saludable que una mala paz. Así han sido dispuestas las cosas por Dios mismo, y los volterianos protestan inutilmente contra este estado de cosas.

Es por este motivo que me regocijo de la polémica iniciada entre Novoie slavo (La nueva Palabra) y Rússkkoie bogatstvo (La riqueza rusa). Esta última ha contado con la ayuda de una gorda comadre de Moscú, a la cual se ha dado, burlonamente, el nombre de Rúskaia mysl (El pensamiento ruso). Es muy posible que en esta polémica haya de sufrir algún amor propio literario y que alguna reputación literaria reciba una que otra salpicadura. Pero no hay que lamentarse de esto. Las reputaciones mal fundadas no son merecidas y no hay que tratarlas con miramientos: Más aún: conviene destruirlas: "Sabéis cuál es el factor que más ha perjudicado, perjudica y, al parecer, ha de seguir perjudicando durante mucho tiempo en Rusia la difusión de conceptos ponderados sobre la literatura y el perfeccionamiento de nuestros gustos? ¡La idolatría literaria! Hijos míos, seguimos rezando y arrodillándonos ante los numerosos dioses de nuestro bien poblado Olimpo, y no nos preocupamos en lo más mínimo de poner en claro las partidas de nacimiento, a fin de averiguar si el origen celestial de los objetos de nuestra adoración es auténtico". Esto es lo que escribe Belinski en sus famosas ilustraciones literarias. A partir de esos tiempos ha corrido mucha agua bajo

los puentes, y a nuestro Olimpo literario han llegado muchos dioses y semidioses. ¿Realmente seguiremos, como hasta ahora, sin preocuparnos por las "partidas de nacimiento"? ¿Realmente seguiremos dedicados, como hasta ahora, a una absurda idolatría literaria?

El señor Mijailovski comprende perfectamente la utilidad de indagar los fundamentos de la verdad, y aconseja a nuestra revista que examine su bagaje "tanto en lo referente a los problemas de carácter abstracto y puramente teórico como a las conclusiones prácticas". Mucho agradecemos al señor Mijailovski su fraternal consejo. Pero como las cosas se comprenden mejor por medio de comparaciones, al examinar nuestro propio bagaje habremos de cuando en cuando de echar una mirada al bagaje con el que el digno colaborador de Ruskoie bogatstvo se pasea, desde hace treinta años, por los "jardines de la literatura rusa".

Empecemos, pues, con las "ideas abstractas y puramente teóricas".

¿Qué función desempeña el factor económico en la historia de la humanidad? Al respecto, yo he expuesto algunos conceptos de mi ensayo sobre La concepción materialista de la historia. El señor Mijailovski les ha prestado su atención. Pero no los ha comprendido en la forma debida. Al parecer, él cree que yo he adoptado el punto de vista de los subjetivistas y demás eclécticos. Confío en que nunca me ocurra una desgracia semejante.

Antes de discutir es menester ponerse de acuerdo sobre la terminología. Es cierto que debimos habernos acordado de este requisito a su debido tiempo, pero mejor tarde que nunca.

Los enemigos de la concepción materialista de la historia en ninguna parte han definido nítidamente el concepto que ellos asocian a las palabras "factor económico". Me he visto forzado a buscar en sus obras la respuesta a esta pregunta: ¿cuál es la naturaleza del factor mencionado?

Pero los adversarios de la concepción materialista de la historia son tan numerosos como las estrellas en los cielos. No nos es posible enfrentarnos con todas estas dignas falanges. Por tal motivo, habremos de encararnos con dos de sus dirigentes: los señores Karéev y Mijailovsky.

En su crítica de la concepción materialista de la historia, el señor Kareev parte, como se sabe, de la justa idea que concibe al hombre como un compuesto de alma y cuerpo. "Pero el alma y el cuerpo -escribe- tienen sus necesidades, que tratan de ser satisfechas y que colocan a la persona individual en una determinada relación con el mundo exterior, es decir, con la naturaleza y con las otras personas... La relación del hombre con la naturaleza, en concomitancia con las exigencias físicas y espirituales de la personalidad, crea por lo tanto, en un sentido, técnicas de distinta clase, enderezadas a asegurar la existencia material del individuo y, en otro sentido, toda la cultura intelectual y moral... La relación material del hombre con la naturaleza se basa en las necesidades del cuerpo humano y en ellas es menester buscar

"las causas de la caza, la ganadería, la agricultura, la industria, de terminación, el comercio y las operaciones monetarias".

El respetado profesor no puede olvidar que los hombres, además de las exigencias "del cuerpo", tienen también exigencias "espirituales". Por esta razón se opone al " materialismo económico" que, como cree él, ignora totalmente las necesidades espirituales y no toma en cuenta las actividades que buscan la satisfacción de las mismas. Esta actitud honra al señor profesor. Pero ¿qué significa ignorar las necesidades del "espíritu"? ¿Qué significa no tomar en consideración las actividades que les da satisfacción? Significa declarar que el hombre, siempre y en todas partes, se conduce tan solo por sus exigencias físicas puramente egoistas-, la necesidad de alimentarse, de dormir, de copular, etc.- y que si el hombre manifiesta en ocasiones un ansia desinteresada de conocimientos y un amor sacrificado por el prójimo está sencillamente mintiendo, se pone una máscara y procura engañar a algun crédulo.

Yo me pregunto si alguna vez ha dicho algo semejante uno de los partidarios de la concepción materialista de la historia. Y todo aquel que conozca un poco la literatura del tema no dudará un minuto en la respuesta a dar; no nunca ha dicho nadie algo semejante.

Si esto es así, yo tengo pleno derecho de señalar al señor Karéev que los partidarios del punto de vista materialista de la historia no atribuyen en modo alguno una función exclusiva del factor económico, tal como él lo entiende, es decir, a la actividad enderezada a satisfacer tan solo las ne-

cesidades físicas del hombre. Y, por supuesto, con el mismo derecho puedo añadir que, si los "materialistas económicos" tuvieran realmente las opiniones que él les atribuye, en tal caso los partidarios de la concepción materialista de la historia no tienen nada en común con estos extravagantes materialistas.

Volvamos al señor Miajilovsky. En el año 1894, al intentar refutar al "materialismo económico", Mijailovsky escribía sobre un trabajo histórico de Bloss; "Del hecho que Bloss hable de lucha de clases y de condiciones económicas (relativamente bastante poco) no se desprende que conciba la historia como el auto-desarrollo de las formas de producción e intercambio; eludir las circunstancias económicas al relatar los acontecimientos del año 1848 sería más sabio, inclusive. Borrad del libro de Bloss el panegírico de Marx, como autor de un viraje decisivo en la ciencia histórica, y algunas frases de compromiso redactadas en la terminología marxista, y jamás se os pasará por la cabeza que estais frente a un representante del materialismo económico. Excelentes páginas aisladas de análisis históricos en Engels, Kautski y otros también pueden apreciarse sin endilgarse la etiqueta de materialismo económico, puesto que en la realidad se toma en consideración todo el conjunto de la vida social, aunque la nota predominante en este acorde sea el factor económico".

De estas palabras de Mijailovski se desprende que, en su opinión (...), cuando se lee la literatura que trata el tema, hay que responder resultamente: no, ninguno de estos hombres ha revelado alguna vez semejante intención.

Es decir, yo tengo pleno derecho a decirle al señor Mijailovsky, como ya le dije al señor Karéev: los partidarios de la concepción materialista de la historia nada tienen en común con los materialistas económicos, en el caso de que estos últimos sustenten -en realidad- esos puntos de vista que se les atribuyen.

¿Existen materialistas que sustentan tales opiniones? Esta es una pregunta que por el momento no vamos a contestar, pues no debemos dejar pasar un solo minuto sin aclarar las auténticas opiniones de los partidarios de la concepción materialista de la historia.

Con este fin habré de citar un ejemplo muy ilustrativo, tomando de las obras de G.I. Uspenki.

En la segunda parte de La Ruina ("Más serenos que las aguas, más abajo que las hierbas") el principal personaje del relato describe su encuentro con los adeptos de una secta cismática recientemente creada, que han fundado un "retiro" en el cual cada miembro trabaja por el bien de todos, y la diferencia entre "tuyo" y "mío" ha sido abolida, por lo cual se vive extraordinariamente bien en el sentido material. El retiro se ha fundado con la herencia dejada por el campesino Miron, quien ha llevado una vida de anacoreta y ha adquirido reputación de santo por las crueles mortificaciones a las que se sometía en vida. Los jefes de la nueva secta, con el propósito de robustecer "la fe", exhuman y llevan al retiro el ataúd de Mirón, del cual -según testimonio de ellos- emana olor de santidad. Pero lo cierto es que como es natural, el olor de san-

tidad no existe, y esta circunstancia turba considerablemente a un joven cófrade que, hasta ese momento, no se ha distinguido por su fervor religioso y, cuyas inclinaciones van por el lado de "las pellizas y la buena vida". Sentado junto al personaje que narra la historia en primera persona, el joven le susurra al oido con aire confidencial:

-"¿Y, qué me dice, Su Señoría? ¿Todo es mentira, entonces?

-Qué es mentira?

-Esa historia de Mirón... Hace tres semanas que lo tenemos aquí y, hablando sinceramente... ¿dónde está el olor de santidad?

Miré sorprendido su rostro que parecía asustado.

-¿Usted qué piensa? Mientras no llegue el permiso del sínodo, nadie va a abrir el cajón. Pero una de nuestras mujeres se atrevió a echar un vistazo y salió diciendo: "todo es mentira! ¡Mentira por todos lados! ¡No creais nada! ..." Y eso es lo que andan diciendo por ahí. ¡Esta congregación va a tener mal fín! De repente, la cosa termina mal...

El joven sacudió la cabeza con aire muy abatido.

-¿Cómo "mal"? -contesté yo-. ¿Acaso no vivís bien aquí? Tu mismo has dicho que ninguno de vosotros vivía tan bien en su casa como aquí...

- ¡Ese no es el problema!

-Entonces no hay que hablar de más, y debeis seguir trabajando con espíritu fraternal, como lo habeis hecho hasta ahora.

-¿Cómo?- -interrumpió el joven- ¡Qué va, qué va! ¡Cada cual se irá por su lado! ¡No, señor no! ... El era nuestro representante, el nos hacía sentir tranquilos, lo seguíamos... ¡Y ahora resulta que todo es mentira! Es decir... ¿Qué es esto?... ¿Qué me importa pecar ahora? ¡La verdad ya no está con nosotros! ¡Esa es la cosa y esto es lo que digo! ¡Mejor vivir como un perro! Yo mismo lo voy a decir a las autoridades... ¡Me voy! Es decir, me voy a escapar... ¡Me voy a la disparada! ".

Si existen en realidad, en alguna parte del mundo, materialistas económicos que atribuyan una función exclusiva al factor económico, como lo entiende el señor Karéev, entonces les aconsejamos que mediten detenidamente la escena que acabamos de describir. El joven cófrade se inclina resueltamente por el materialismo económico en el sentido de Karéev; él piensa ante todo en la satisfacción de las necesidades" del cuerpo". Pero también tiene necesidades espirituales que, al fin de cuentas, resultan ser más fuertes que las corporales. El joven está dispuesto a renunciar enteramente a las pellizas y a las satisfacciones de una vida holgada tan solo porque las enseñanzas religiosas de los fundadores de su secta no son verdaderas y todo ello "es mentira". Y este cófrade no ha sido inventado por Uspenski. Todo el mundo se da cuenta de que este personaje es totalmente real. ¿Cómo es posible, después de esto, ignorar las necesidades "del espíritu"? ¿Cómo es posible decir que el hombre, siempre y en todas partes, sigue sus apetitos puramente físicos? ¡No, no basta leer esta escena para llegar a la conclusión inapelable de que están totalmente equivocados los materialistas económicos descubiertos por el señor Karéev!

¿Y los partidarios de la concepción materialista de la historia? Aquí se trata de un asunto completamente diferente. A ellos esta escena no los confunde, y no los confunde justamente porque no están en absoluto de acuerdo con los materialistas económicos -descubiertos por el señor Karéev- en lo que se refiere a la importancia del factor económico. Los partidarios de la concepción materialista de la historia dicen: si el joven cófrade descrito por Uspenski no se inclinara ni siquiera a favor del materialismo económico en la acepción del señor Karév, si no hubiera pensado en absoluto en pellizas y en la buena vida, si todos sus pensamientos se concentraran puramente en las mortificaciones de Mirón, entonces no dejaría ni siquiera así de ser un producto del medio social que lo rodea. Pues este, al fin de cuentas, crea el desarrollo de las fuerzas productivas que determinan las relaciones mutuas de los hombres en el proceso social de producción. Esto, como veis, no se parece en nada al punto de vista que el señor Karéev atribuye a los materialistas económicos. Y tampoco se parece esto a el auto-desarrollo de los modos de producción y de intercambio que ha sido elucubrado por el señor Mijailovsky. Y ahora habremos de encararnos con este auto-desarrollo.

II

El colaborador de "Ruskoie bogatstvo" señala que, en mi artículo sobre la concepción materialista de la historia, yo ofuscado por el deseo de zaherir a los señores Kareev, Kudrin, Krivenko y, finalmente, al mismo señor Mijailovsky, no me digno ni siquiera mencionar el papel que desempeñan los modos de producción y las formas del intercambio, "punto, al parecer, bastante importante en la concepción materialista

de la historia". Ruego encarecidamente al lector que preste especial atención a esta observación del señor Mijailovski. Esta observación es extremadamente importante.

Al exponer los puntos de vista de Labriola, con quien en el caso dado estoy enteramente de acuerdo, yo escribí en el artículo citado:

"Los hombres hacen su historia al esforzarse por dar satisfacción a sus necesidades. Estas necesidades son satisfechas en un principio por la naturaleza; pero después se producen cambios en el sentido cuantitativo y cualitativo, cambios propios de un medio artificial. Las fuerzas productivas, que se encuentran a disposición de los hombres condicionan todas sus relaciones sociales. Ante todo la situación de las fuerzas productivas se define por las relaciones que enfrentan a los hombres unos a otros en el proceso social de la producción, es decir, las relaciones económicas. Estas relaciones, naturalmente, crean ciertos intereses que encuentran su expresión en el derecho: "cada norma jurídica defiende un interés determinado" -dice Labriola-, El desarrollo de las fuerzas productivas determina la división de la sociedad en clases cuyos intereses no solo son divergentes sino, en muchos aspectos -justamente en los más sustanciales- son diamentralmente opuestos. Esta oposición de los intereses engendra choques enemistosos entre las clases sociales. la lucha entre ellas. La lucha lleva el cambio de la organización patriarcal por la estatal, tarea que consiste en la conservación de los intereses dominantes. Finalmente, sobre el terreno de las relaciones sociales, condicionadas por una determinada situación de

las fuerzas productivas, madura una moral consuetudinaria, es decir, una moral que rige a los hombres en su actividad práctica habitual".

El señor Mijailovsky ha leído esto, pero no ha encontrado las palabras "modos de producción" y "formas del intercambio", por lo cual ha quedado descontento; Mijailovsky no puede concebir como yo he omitido "este punto al parecer, bastante importante". Pero "¿qué es el dicho punto"? ¿Qué son los modos de producción y las formas del intercambio? Justamente las relaciones en que los hombres se enfrentan unos a otros en el proceso social de producción y sobre las cuales estamos hablando. Es decir, yo "me he dignado" mencionar este "punto". bastante importante, al parecer". Evidentemente, no solo he condescendido, sino que le he rendido el debido tributo, indicando su decisiva importancia. ¿Por qué, entonces, no lo ve así el señor Mijailovsky? Porque yo no he utilizado las palabras que él ha aprendido. Si él entendiera el concepto vinculado a estas palabras, indudablemente comprendería sin tardanza que yo hablo justamente de los modos de producción y de las formas de intercambio (que derivan de esos modos). Pero el señor Mijailovsky solo ha aprendido las palabras, y conserva una franca ignorancia en relación al sentido de las mismas. Por esto se ha lanzado inmediatamente al ataque, por haber empleado yo otras palabras! No había que perder la oportunidad! ¿Cómo no exclamar junto con Bobchinski: "es una ocasión extraordinaria"? Y ¿cómo no añadir junto con Bobchinski: "una noticia inesperada"? Con motivo de mis mordacidades, el señor Mijailovsky trae a colación el bailarin que solo era capaz

de bailar al lado de la estufa. Se me concederá que él se asemeja bastante más que yo a este bailarín. En realidad, aprender de memoria ciertas palabras sin comprender su sentido, exigir de sus adversarios que empleen siempre las palabras vacías que uno ha aprendido, y perder el hilo de la cosa cuando estos adversarios expresan con otras palabras los mismos conceptos equivale justamente a bailar únicamente al lado de la estufa y no estar en condiciones de levantar las piernas cuando hay que bailar, por ejemplo, junto a una puerta. ¡Ay, ay, ay! ¡Y tanto peor para el señor Mijailovsky.

Varias veces se nos ha formulado, de modo oral y por escrito, esta pregunta: ¿por qué hemos dejado sin respuesta numerosos ataques de la revista Novoie slovo contra nosotros o contra nuestros colaboradores individuales"? dice el señor Mijailovsky, Es menester pensar que, después del episodio señalado por nosotros, ya nadie desea entrar en polémica con nuestra revista. Ahora ya todos pueden ver que en esta polémica tan solo es posible mit Worten kramen (luchar con palabras). Cierto es que un Liskov, en su libro Sobre la excelencia y la necesidad de los miserables escribas... ha dicho que "es mucho más fácil y más natural escribir con los dedos que con la cabeza". Pero Liskov era aficionado a las paradojas. Este excéntrico, nos asegura, por ejemplo, que quien no piensa en absoluto es quien mejor escribe. Probablemente en este punto no estarán de acuerdo con él las personas ingenuas (y acaso¿ "los jóvenes subjetivos"?) que gritaron a Mijailovsky: " ¡Sal a flote, Dios! ".

En su famoso prefacio al libro Crítica a la economía

política, Marx escribe: "En la producción social de sus vidas los hombres se enfrentan con ciertas relaciones de producción necesarias, independientes de su voluntad y que corresponden a un estadio determinado del desarrollo de las fuerzas productivas. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el cual se eleva la superestructura jurídica y política".

Usted puede ver señor Mijailovsky, que tampoco Marx condesciende a mencionar siquiera la función de los modos de producción y de las formas del intercambio. Al parecer un punto muy imporantte, etc., etc. ¿Qué significa esto? ¿No habrá de su parte, al respecto algunos móviles ocultos? ¿Se disponía él a adaptar ese punto de vista, que fue más adelante el de los subjetivistas rusos? Le aconsejo a usted, señor Mijailovsky, el estudio de la cuestión.

Mientras tanto, he de llamar la atención del lector sobre una determinada circunstancia. Marx llama estructura económica de la sociedad al conjunto de las relaciones de producción. Pero estas relaciones no son otra cosa que las relaciones mutuas de los hombres en el proceso social de producción. Esto significa que todo cambio en las relaciones de producción es un cambio de las relaciones existentes entre los hombres, Por tal motivo es absolutamente absurdo hablar del auto-desarrollo de estas relaciones, que se dan "por sí solas" al parecer, sin participación humana. Pero el señor Mijailovsky habla justamente de un "auto-desarrollo"* de esta clase. Aquí se pone de manifiesto cuan bien comprende a

Marx, cuya teoría histórica ha intentado en algun momento refutar.

El auto-desarrollo de los modos de producción y de las formas de intercambio es una acumulación de palabras que carecen de sentido. Al mismo tiempo, el concepto de "factor económico" es cubierto completamente por el señor Mijailovsky con el concepto de ' auto-desarrollo de las formas de la producción y el intercambio". Es decir, el factor económico, tal como lo entiende el señor Mijailovsky, es un simple contrasentido. Y lógicamente un contrasentido no puede ser considerado la fuerza dominante en la historia.

El señor Mijailovsky pertenece, como es sabido, al número de esas personas que afirman que, si bien la teoría histórica de Marx se puede poner en tela de juicio, reconocen al mismo tiempo plenamente su doctrina económica. Pero esta diferencia solo es posible para quienes no comprenden ni la teoría histórica ni la doctrina económica del pensador alemán. ¿Por qué? Diré el por qué.

¿Qué es el valor? Para Marx es una relación social de producción. A primera vista, esto puede parecer tal vez no muy claro, pero resulta muy simple para quien comprende la teoría histórica del autor de El Capital.

Nosotros ya sabemos que en el proceso de la producción los hombres se enfrentan en tales o cuales relaciones recíprocas, que son determinadas por la situación de las fuerzas productivas. En un determinado estadio del desarrollo de estas

fuerzas, los productores tienen entre ellos unas relaciones en que los productos del trabajo aparecen en forma de mercaderías. La mercadería A es trocada por una cierta cantidad de la mercadería B, esta, a su vez, por una cantidad de la mercadería C, etc. Esta mercadería tiene un cierto valor de cambio. Pero las mercaderías son productos del trabajo y sus relaciones recíprocas en el procsoe del intercambio expresan tan solo las relaciones de los trabajadores (es decir, de los productores de mercaderías) en el proceso social de la producción. En consecuencia, el valor de una mercadería dada expresa tan solo la relación del trabajo de su productor con el proceso de producción en general. Esto significa que el valor es una relación social de producción. Al mismo tiempo, el valor es considerado en general como una simple propiedad que pertenece a la cosa misma. Esto es una ilusión. Pero en un cierto estadio del desarrollo de las fuerzas productivas, esta ilusión es absolutamente inevitable.

¿Y el capital: El capital es el valor de cambio dotado de la capacidad de acumulación. Es sabido que el capital que no proporciona ganancias es considerado un capital muerto; o sea que esta capacidad de producir ganancias es el rasgo distintivo más importante del capital vivo. Pero si las relaciones de cambio de las mercaderías expresan en sí mismas las relaciones recíprocas de los productores en el proceso social de producción, entonces el capital -el valor de cambio que engendra un nuevo valor- no puede ser otra cosa que las relaciones sociales de los productores. Por esta razón Marx dice que el capital también es una relación social de producción justamente una relación propia de la sociedad burguesa; es la rela-

ción burguesa de producción. Esta relación se caracteriza por el hecho de que el trabajador, vende su fuerza de trabajo al Empresario. Todos saben que finalidad tiene el capitalista en esto. En el proceso de la producción el trabajador crea un valor que excede el valor de compra de su fuerza de trabajo; la diferencia entre el valor nuevo creado por el trabajador y el valor de su salario es llamado plusvalía. La plusvalía está en poder del empresario y constituye la fuente de sus ganancias. De este modo, la capacidad del capital de producir ganancias se explica por las relaciones -propias de la sociedad burguesa- de los hombres en el proceso de la producción. Pero las propiedades de estas relaciones de producción parecen propiedades de las cosas, es decir, propiedades de los medios de producción que pertenecen al capitalista. En un cierto estadio del desarrollo de las fuerzas productivas, esta es, asimismo, una inevitable ilusión.

El secreto de esta clase de ilusión fue descubierto por primera vez por Marx. Pero el desenmascaramiento de este proceso equivale a una demostración de la forma en que la marcha de las ideas está determinda por la marcha de las relaciones sociales.

En realidad, si en un cierto estadio de su desarrollo de las relaciones económicas de producción se reflejan necesariamente en las cabezas humanas, bajo el aspecto de propiedad de las cosas, y si como- dicen Marx- las relaciones económicas no cae del cielo hechas y terminadas, sino que son creadas por el desarrollo de las fuerzas sociales de producción, entonces habrá que deducir que, a una cierta situación de estas fuerzas,

corresponden unos ciertos puntos de vista. El que comparte la teoría económica de Marx no puede rechazar esta conclusión y el que admite esta conclusión ya ha andado un buen trecho, por el camino de la explicación materialista de la historia.

El señor Mijailovsky cree que no hay un vínculo necesario entre los puntos de vista de Marx sobre la economía y su teoría histórica. El lector atento puede ver ya con toda claridad por qué razón el señor Mijailovsky piensa de tal modo: por la sencilla razón de que no ha entendido en absoluto las ideas económicas de Marx. Un hombre que ni siquiera llega a sospechar que los modos de producción y las formas del intercambio son justamente relaciones recíprocas de los hombres en el proceso social de la producción, entenderá a cualquiera, pero no entiende a Marx y no entiende la doctrina económica de éste.

III

El señor Mijailovsky señala con cierta insidia que, en el mismo artículo del señor Kamenski, no se hace una sola referencia a que en el libro de Labriola haya una apreciación de la concepción histórica de Marx y Engels. Al parecer, este punto había que mencionarlo, aunque solo fuera de pasada, pero el señor Kamenski ha preferido perder el tiempo con sus "alfilerazos".

¿Qué relación tienen los puntos de vista históricos de Labriola con la "concepción histórica de Marx y Engels"? La respuesta es simple: coinciden con ella. Quien tan solo com-

prenda parcialmente la llamada "concepción" no dudará un minuto de esto despues de haber leído el trozo que he citado al exponer las ideas históricas del profesor romano. Y si el señor Mijailovsky se encuentra perplejo al respecto se puede deducir entonces con toda evidencia hasta qué punto se ha aclarado a sí mismo esta doctrina, a la cual considera un deber moral combatir.

El señor Mijailovski no ha reconocido "la concepción histórica de Marx y Engels" por no haber encontrado aquí ciertas palabras que él ha aprendido sin ton ni son. Es una penosa conclusión. Y por este motivo es probable que intente echarme encima el fardo de su culpa: tal vez me pregunte: ¿por qué ha revestido usted el pensamiento de Labriola con una indumentaria que me es desconocida? ¿Por qué no dijo usted claramente que este escritor pertenece al grupo de los discípulos italianos? A esto he de contestar que todo individuo tiene libertad para expresarse como quiera si sus palabras transmiten con exactitud el pensamiento en cuestión. Además, yo podría tener mis peculiaridades móviles. Acaso yo haya visto esta observación del señor Mijailovski y he querido mostrar a todo el público lector que, si bien él ha aprendido algunos de nuestros términos, desconoce totalmente su significado. Y si yo he tenido este cálculo, todos estarán de acuerdo en que se ha justificado brillantemente.

Vayamos más allá. El conjunto de las relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad. La estructura económica define la situación de las fuerzas pro-

ductivas. De aquí surge claramente -observa con justeza el señor Beltov en la página 173 de su libro- que tan solo en lenguaje popular se puede hablar de la economía como de la causa primordial de todos los fenómenos sociales. Lejos de ello, lejos de ser la causa primordial, la economía misma es una consecuencia, una "función" de las fuerzas de producción.

Esto también lo digo yo en el artículo que dedico al libro de Labriola: "Según enseñan los materialistas actuales la naturaleza humana corresponde a cada orden económico que, a su vez, corresponde a la situación de las fuerzas de producción en un momento dado y, por el contrario, cualquier orden económico empieza a contradecir las necesidades de esta naturaleza en cuanto entra en contradicción con la situación de las fuerzas de producción. El factor "predominante" se muestra así subordinado a otro "factor". Ahora bien, en tal caso, ¿cómo es posible que sea "predominante"?

Este es un "punto" extremadamente importante en la concepción de los materialistas actuales, y conviene detenerse en él. Si las relaciones económicas fueran la causa última y fundamental de los fenómenos sociales, entonces sería imposible comprender por qué cambian estas relaciones. Es verdad que el señor Mijailovsky les ha atribuido el "auto-desarrollo" pero, esta palabra no significa precisamente nada y nada aclara, puesto que ningún auto-desarrollo puede producirse sin una causa suficiente. En realidad, las relaciones económicas están condicionadas por el estado de las fuerzas productivas y cambian en virtud del cambio de ese estado. Todo

conjunto dado de relaciones de producción se muestra firme hasta el momento en que corresponde al estado de las fuerzas sociales de producción; cuando desaparece esta adecuación, se destruyen las relaciones dadas de producción -la estructura económica dada- y se cede el lugar a un nuevo conjunto de relaciones. Por supuesto, toda estructura económica dada no cesa de golpe de corresponder al estado de las fuerzas sociales de producción; esto implica un proceso completo que se realiza, según las circunstancias, con mayor o menor rapidez. El arma de liquidación de la estructura económica caduca es el "factor político". El desarrollo de las fuerzas sociales de producción en el curso del tiempo vuelve incómoda, oprimente, para la mayoría a una estructura económica dada, es decir, un sistema dado de relaciones humanas en el proceso social de la producción. A medida que crecen la opresión y los estorbos de este sistema, aumenta el número de personas que se encuentran insatisfechas dentro de él, aumenta el partido de los innovadores, en otras palabras, cambian las relaciones de los hombres en el campo de la vida política. Cuando este cambio alcanza un cierto grado, se inicia un proceso de alteraciones de la antigua estructura económica, un proceso cuya rapidez e intensidad están lejos de ser siempre iguales. Sea dicho de pasada, se ve aquí nuevamente que nada en la vida social se realiza "por sí solo" y que todo presupone la actividad del hombre social.

IV

Aquí se presenta el problema desde el punto de vista del materialismo dialéctico contemporáneo. La expresión "ma-

terialismo dialéctico" también perturba al señor Mijailovsky. "El señor Makenski -observa- habla todo el tiempo del "materialismo dialéctico", del cual es discípulo -y a veces representante extraviado- Labriola. Y tan solo por una lacónica nota a pie de página nos enteramos de que "Labriola da a esta teoría (el "materialismo dialéctico") la designación, tomada de Engels, de materialismo histórico". De aquí se deduce que el término "materialismo dialéctico" no es utilizado por Labriola. Por supuesto, los nombres no cambian las cosas, pero habremos de ver que el mismo señor Kamenski nos da un ejemplo de la confusión mental que se asocia a la aplicación de uno u otro objetivo al sustantivo "materialismo". Y el lector no comprende en modo alguno por qué se remplaza un adjetivo por otro. En la lacónica nota a pie de página que hemos citado se dice que la designación "materialismo histórico" ha sido tomada de Engels. ¿Significa esto que Labriola ha "tomado" directamente la expresión de Engels o que se trata tan solo de una coincidencia, y la expresión "tomada" es tan solo una adivinanza del señor Kamenski?

La expresión "materialismo dialéctico" no se emplea en ninguna parte del libro de Labriola, pero esto no impide que el profesor romano sea un representante del materialismo dialéctico.

¿En qué me baso para decir esto? En muchas razones. He de mencionar una de ellas: he leído el libro de Labriola, conozco sus puntos de vista y, más aún, conozco el materialismo dialéctico. El señor Mijailovsky no ha leído el libro citado, pero hasta las pocas líneas que yo he citado en mi

artículo demuestran claramente que Labriola es un "discípulo" italiano, y ¿quién no sabe que los maestros de estos "discípulos" han sido los más notables representantes del materialismo dialéctico? De pasada diremos que, al parecer el señor Mijailovsky ignora esto. Por tal motivo habré de citar para él las siguientes palabras de Engels:

"La comprensión de la posición totalmente errónea que ha predominado hasta ahora en el idealismo alemán, tendría que llevar inevitablemente a una posición materialista y -no es necesario decir- a una posición que no es la del materialismo metafísico y puramente mecanicista del siglo XVIII. En oposición a la negación revolucionaria ingenua de toda la historia transcurrida, el materialismo histórico ve en la historia un proceso de desarrollo de la humanidad y considera que su tarea propia consiste enel descubrimiento de las leyes que rigen este proceso. En oposición a la concepción de la naturaleza que dominaba en el siglo XVIII francés, y aún en Hegel, como un todo siempre igual a sí mismo que funciona dentro de determinados límites, siempre los mismos, con cuerpos inmutables, como enseñaba Newton, y con especies orgánicas invariables, como enseñaba Linne, o el materialismo actual reune en un solo sistema todos los nuevos logros de las ciencias naturales, merced a los cuales se ha puesto en claro que la naturaleza también tiene su historia en el tiempo, que los cuerpos celestes, del mismo modo que todas las especies vivas que lo pueblan en condiciones favorables, surgen y desaparecen, y que la naturaleza en general no se mueve de ningún modo dentro del limitado círculo que antes se había supuesto. En ambos casos el materialismo es esencialmente dialéctico

y vuelve innecesaria toda filosofía que pretenda situarse por encima de los otras ciencias."

Ahora el señor Mijailovski puede ver que, en opinión de Engels, el materialismo actual es justamente el materialismo dialéctico. Es difícil poner en duda que Engels ha sido partidiario de este materialismo, pero deseo suprimir toda posibilidad de duda. He aquí el reconocimiento de Engels, en sus mismas palabras: "Marx und ich waren whol ziemlich die einzigen, die aus der deutschen idealistischen Philosophie die bewusste Dialektik in die materialistische Auffassung der Natur und Geschichte hinübergerettet haben"*. El señor Mijailovski pregunta: ¿qué significa la expresión "materialismo histórico", a veces utilizada por Engels, y que Labriola ha tomado de él? Aclararé este punto para él.

La visión del mundo materialista de Marx y Engels abarca -como acabamos de ver- a la naturaleza y a la historia. En un caso y en otro esta concepción es "esencialmente dialéctica". Pero comò el materialismo dialéctico se aplica a la historia. Engels le ha dado a veces el hombre de histórico. Este epíteo no caracteriza al materialismo, y designa tan solo uno de los terrenos a los cuales es aplicado. ¿Puede haber algo más simple?

En La Ruina de Uspenski se describe un empleado de edad madura, Pável Iványich Pechkin, quien tiene la costumbre de confundir terriblemente todos sus conceptos e ideas por obra y gracia de acontecimientos nuevos e inesperados, al punto que ya no puede razonar y discutir y empieza a lanzar a dies-

tra y siniestra una retahila de desatinos encolerizados. ¿Se habla, por ejemplo, de los ferrocarriles? Pechkin explota: "¡El ferrocarril! Y ¿qué es un ferrocarril? ¡Un ferrocarril un ferrocarril! ¿Qué quiere decir eso? ¿Quién lo conoce?" En los últimos tiempos el señor Mijailovski ha revelado un notable parecido con este burócrata. El señor Mijailovski refunfuña del mismo modo que Pável Iványch: "El materialismo dialéctico? ¿Y que és el materialismo dialéctico? ¡Materialismo dialéctico, materialismo dialéctico! ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir eso?... ¿Quién lo ha visto?" Pechkin refunfuña sus desatinos porque su cerebro, según dice Uspenski había sido arruinado por los tiempos actuales en forma extrema. ¿Realmente el cerebro del señor Mijailovski se encuentra en esta triste situación?

La designación "materialistas dialécticos" es, según él, torpe. Tal vez sea así, pero es facil evitar el uso de la misma: se puede decir, sencillamente, "los materialistas actuales". Si yo he usado esta expresión hasta ahora, ello se debe tan solo a que considero necesario precisar y subrayar el carácter del materialismo actual. En nuestros días este propósito, espero, ha sido ya logrado. Por tal motivo, en vez de materialismo dialéctico y materialistas dialécticos he de hablar de materialismo y materialistas actuales.

También he de observar que, en las cuestiones de terminología, el señor Mijailovski es un mal juez. No hace mucho tiempo que el señor Mijailovski condenó la expresión "productores", la cual, a su modo de ver, tenía olor a establo. ¿Qué se puede oponer a esto? Desde el momento de la aparición de la revista saintsimoniana Le producteur, en el año 1825, el término

se ha generalizado en Europa occidental y nadie le encuentra olor a establo. Pero en la mente de nuestro "noble arrepentido, la palabra suscita la imagen de un establo. La culpa de esto no la tiene el término sino, probablemente, la educación del noble arrepentido.

V

Yo digo en mi artículo que, en opinión del señor Mijailovski Louis Blanc y Zhukovski son también "materialistas económicos", como los actuales representantes de la concepción materialista de la historia, y que esta opinión solo puede fundamentarse en una extrema confusión de los conceptos. El señor Mijailovski, con su habitual suavidad, nos contradice: "Esto no es verdad (subrayado por él): yo no he expresado tal opinión:" Si, señor Mijailovski: usted la ha expresado. Citaré sus mismas palabras: "El señor Veltov se ocupa de los historiadores franceses y de los "utopistas" franceses, valorándolos, junto con otros, en la medida en que consideran o no consideran a la economía el fundamento del edificio social. Sin embargo, extrañamente, no se acuerda para nada de Louis Blanc, a pesar de que uno de los prefacios de su Histoire de dix ans basta para darle un lugar respetable entre las filas de los fundadores del llamado materialismo económico. Evidentemente aquí hay mucho que el señor Beltov no puede aprobar, pero están la lucha de clases, la caracterización de sus rasgos económicos y la economía como resorte oculto de la política y, en líneas generales, mucho de lo que más tarde empezó a formar parte de la doctrina tan calurosamente defendida por el señor Beltov. Por este motivo subrayó esta laguna: empezaré diciendo que, en sí misma, es sorprendente, e indica la existencia de ciertas finalidades secundarias que nada tienen en común con la imparcialidad".

Louis Blanc ocupa un lugar respetable en las filas de los "primeros maestros" del llamado materialismo económico. Perfectamente, Pero ¿qué entiende el señor Mijailovski por "materialismo económico"? "La concepción histórica de Marx y Engels". De aquí se desprende que Louis Blanc ha sido uno de los fundadores de esta "concepción". Y los actuales partidarios de la concepción materialista de la historia adhieren justamente a esta "concepción", es decir, que ellos son materialistas económicos del mismo modo que Louis Blanc, quien ocuparía así un lugar respetable en las filas de los primeros maestros de esta concepción. ¿Quién falta aquí a la verdad? (esta vez el subrayado es mío).

Como conozco al señor Mijailovski, se de antemano cual habrá de ser el camino que tomará para salir de esta posición incómoda. El señor Mijailovski recordará haber observado que en Louis Blanc había muchas cosas con las cuales el señor Beltov no podía estar de acuerdo. Y esto significa que pese a ser uno de los primeros maestros del materialismo económico, no fue, de todos modos, un materialista económico del estilo de los materialistas económicos. El señor Mijailovski siempre se las arregla, como se dice en una canción francesa:

Ils étaient quatre
Qui voulaient se battre,
Mais il y en avait trois
Qui ne le voulúlaient pas;
Le quatrieme dit: ca ne me regarde pas,
Mais cela n'empêche pas,
Qu'ils restaierrt quatre
Qui voulavient se battre*.

Esta clase de lógica solo puede convencer a quien quiere convencerse de todos modos, es decir, a quien no es necesario convencer. La referencia a "muchas cosas..." no es demostrativa, en vista de las otras palabras con que acompaña Mijailovski esta afirmación: pero "están la lucha de clases, la caracterización de sus rasgos económicos y la economía como resorte oculto de la política, y en líneas generales, mucho de lo que más tarde entró a formar parte de la doctrina tan calurosamente defendida por el señor Beltov; Estas palabras solo pueden ser entendidas como las he entendido yo, o sea que, como Louis Blanc caracteriza a las clases de acuerdo a sus rasgos económicos y presenta la economía como un resorte oculto, etc., etc., Louis Blanc ha sido un materialista económico, del mismo modo que nuestros actuales partidarios del concepto materialista de la historia. Pero yo también entiendo, al decir esto, que el señor Mijailovski se equivoca gravemente, pues existe una diferencia esencial entre los puntos de vista históricos de Louis Blanc y la "concepción histórica" de los materialistas actuales. Esta "concepción" tiene un caracter materialista claro y consecuentemente manifiesto, y el "materialista económico" de Louis Blanc no le ha impedido ver a la historia con ojos idealistas. Y si, a pesar de esto, el señor Mijailovski pone a Louis Blanc entre "los primeros maestros" del materialismo económico" -por lo cual entiende él la explicación materialista de la historia-, esto es una patente prueba de su pleno desconocimiento del tema.

"La economía como resorte oculto", "la caracterización de las clases de acuerdo a sus rasgos económicos" y otros "rasgos" que le han permitido al señor Mijailovski colocar a

Louis Blanc entre "los primeros maestros del materialismo económico", se encuentran, sin excepción, en cada uno de los historiadores franceses de la época de la Restauración: en Agustín Thierry, en Mignet, y especialmente en Guizot. Evidentemente, como el señor Mijailovski no está en absoluto enterado de todo estoy yo dispuesto a proporcionarle algunos datos útiles al respecto.

Guizot, tomó, como se sabe, una parte activa en el movimiento social que constituyó un rasgo distintivo de la historia interna de Francia en la época de la Restauración y que se reduce a la lucha de la burguesía contra la aristocracia clerical y mundana, que intentaba entonces ganar nuevamente las posiciones privilegadas que había perdido en la Revolución. Guizot comprende perfectamente el sentido de este movimiento. A su modo de ver, este movimiento era tan solo un episodio, el último y definitivo, en una lucha de clases que se había producido en el curso de muchos siglos. Las acerbas disputas políticas que se producían en las Cámaras de esos tiempos que presentaban a Guizot como el vetusto litigio de la "clase media" y la aristocracia. Las simpatías propias de Guizot iban totalmente por el lado de la burguesía. La servía con toda su capacidad, con todo su pensamiento, animándola a llevar la lucha hasta el fin. Los acontecimientos de fines del siglo pasado constituyen una guerra -dice Guizot-; esta guerra llevó a una conquista; la clase media conquistó al situación que merecía; esta clase debe conservar sus conquistas cueste lo que cueste. No puede haber cuartel general entre la clase media y la aristocracia hasta el momento en que esta última no acepte como un hecho esta conquista.* Sobre esta

base algunos partidarios del antiguo régimen lo acusaron de fomentar la guerra de clases, con el propósito de enardecer las pasiones. Guizot respondió elocuente y convincentemente con un largo Avant-Propos a la tercera edición de la obra citada. Allí demuestra que la lucha de clases no es una teoría sino un hecho. "Después de comprobar este hecho -sigue diciendo- yo estaba muy lejos de pensar que había realizado un descubrimiento o que había dicho algo nuevo. Tan solo quise resumir la historia política de Francia. La lucha de clases llena -o mejor dicho, constituye (sic)- toda esta historia La cosa era sabida y fue comentada muchos siglos antes de la Revolución. Se la conocía y fue comentada en el año 1789. Era conocida y de ella se ha hablado hace tres meses (escrito en el año 1820). Y aunque se me acusa ahora de haberlo dicho, yo no creo que alguien lo haya olvidado. Los hechos no son eliminados de acuerdo a los caprichos y las conveniencias de los partidos..."

Más adelante, Guizot observa sarcásticamente que la negación del hecho de la lucha de clases, en Francia ha producido una extrema sorpresa en el viejo historiador francés de Boullainvilliers, así como en todos los enérgicos representantes del Tercer Estado, que defendieron sus derechos en las sesiones de los Estados Generales. En su opinión, tan solo los vástagos degenerados de la aristocracia podían negar que su clase fue entonces dominadora en Francia y llevó a cabo una enérgica guerra en defensa de su privilegiada posición.

Esto expresa suficientemente el punto de vista de Guizot sobre la economía, como resorte oculto de la política, ¿desea

saber el señor Mijailovski si Guizot caracteriza las clases de acuerdo a sus rasgos económicos? En ese caso, le recomiendo los Essais sur l'histoire de France y la Histoire de la révolution d'Angleterre. Sea dicho, de pasada, que en este sentido no puede haber ninguna sospecha. El punto de vista de Guizot sobre el "resorte oculto" que condiciona la difusión en una sociedad dada de tales o cuales ideas es poco conocida y, por tal motivo, no está de más exponerlo. Este punto de vista se expresa en las siguientes palabras del historiador francés: "Las ideas, las doctrinas, incluso las constituciones, están subordinadas a las circunstancias y logran ser reconocidas tan solo cuando pueden ser un arma o una garantía de los intereses básicos, que se hacen sentir fuertemente.

Así es que, también Guizot, resulta ser uno de "los primeros maestros del materialismo económico". ¿Qué me dice usted de esto, señor Mijailovski? ¿No quería usted tomarse la molestia de explicarnos en qué se distingue la "concepción histórica" del ex-ministro de Luis Felipe de la idéntica "concepción" del autor de El Capital: Usted nos dirá que, a pesar de todos los "resortes" y "rasgos" señalados por mí, en Guizot "hay muchas cosas" con las cuales no pueden estar de acuerdo nuestros actuales partidarios de la concepción materialista de la historia. Y tendrá usted razón. Pero, en primer lugar, he de contestarle que, si estas "muchas cosas" no impidieron a Louis Blanc formar parte de los "primeros maestros", tampoco podrá esto impedírselo a Guizot. En segundo término, le aconsejo que medite en estas "muchas cosas" que distinguen los puntos de vista de Louis Blanc y Guizot de la "concepción histórica de Marx y Engels". Si

sigue usted mi consejo, verá usted mismo que, en el fondo de estas "cosas", está al convicción de que el desarrollo de las relaciones y las instituciones sociales se explica al fin de cuentas por las propiedades de la naturaleza humana. Puede ser que usted haya recordado ya, señor Mijailovski, que de acuerdo a "la concepción histórica de los materialistas actuales" el problema no radica en la naturaleza humana, sino en las relaciones recíprocas en que si sitúan los hombres de acuerdo a la situación de sus fuerzas de producción. Es util recordar esto. Y puede decirse que justamente "este parece ser el punto importante" que distingue la "concepción histórica" de los actuales materialistas de todas las concepciones pasadas. Este es justamente el punto que no permite situar a Louis Blanc y a Guizot entre el número de los "primeros maestros" de dicho materialismo que, como ya sabemos, tiene un carácter esencialmente dialéctico.

Si el señor Mijailovski se encuentra con una persona que habla de la "economía como resorte oculto de la política", y que caracteriza a las clases de acuerdo a sus rasgos económicos (sea dicho de pasada. no hay otra manera de caracterizarlas), que piensa -como Guizot- que la historia está constituida por la lucha de clases, pero que al mismo tiempo no sabe que papel desempeña esta misma economía e intenta explicar el origen y el desarrollo por las propiedades de la naturaleza humana, el podra adjetivar a esta persona como le venga en gana, pero debe recordar al mismo tiempo que el punto de vista fundamental de etas persona es contrario al punto de vista del materialismo dialéctico moderno.

Tomemos, por ejemplo, el caso del señor Zhukovski. El señor Mijailovski no sabe en donde ha de situarlo: "en el campo de los materialistas económicos o en el de los dialécticos". Este desconocimiento se explica nuevamente, por el hecho de que nuestro subjetivista no ha entendido al materialismo dialéctico. Si lo entendiera, le bastaría hacerse una pregunta: "¿explica el señor Zhukovski el origen y el desarrollo de las relaciones económico-sociales por el desarrollo de las fuerzas productivas? ""Si las obras de este escritor permiten contestar afirmativamente, el señor Mijailovski no debe dudar un minuto en calificarlo en materialismo dialéctico; si este no es el caso, la aplicación del mote es simplemente un desatino. Yo creo que en las obras del señor Zhuvoski no se puede encontrar este rasgo que acabo de señalar, y seguiré convencido de esto hasta el momento en que mi adversario no me demuester lo contrario. Creo que nunca podrá demostrarlo. Y ¿si me lo demostrare? Ninguna influencia tendría tal cosa sobre la marcha y la resolución de nuestra disputa.

La ingenua Margarita (en el Fausto de Goethe) no sabía que a veces "unas palabras un poco distintas" transforman básicamente una cosa. Al parecer, hay alguien que tampoco lo sabe.

Yo no recuerdo el "viejo artículo" del señor Zhukovski, pero las citas que se hacen de él en el artículo del señorr Mijailovski me dan motivo para pensar que Zhukovski habla de los factores" con palabras un poco distintas" de las empleadas por mí.

He aquí lo que podemos leer en el artículo del señor Mijailovski: "Después de señalar tres elementos que define en un momento dado la conciencia civil de la sociedad -la jurídica, la política y la económica-, el señor Zhukovski continúa diciendo: los jurisconsultos, los políticos y los economistas olvidan que "cada uno de ellos estudia tan solo un aspecto arbitrariamente abstraido de la sociedad, que puede ser aislado tan solo a los fines de estudiar más cómodamente dicho aspecto, que no tiene autonomía real, y en consecuencia que, carece de sentido en sí mismo y lo tiene únicamente en relación con los otros". Y más adelante, "Tan sólo cuando se razona teóricamente sobre la sociedad es posible abstraer un aspecto del otro, es posible presentarlo en forma de conclusiones y exigencias de una parte determinada, Pero esto sería un extremo error", etc., etc.

Pero ya es hora de que volvamos al problemas de los "factores".

Sabemos que, de acuerdo a la enseñanza de los materialistas económicos contemporáneos, las relaciones de toda sociedad dada están condicionadas no por las propiedades de la naturaleza humana, sino por la situación de la fuerza social de producción. Junto con el crecimiento de estas fuerzas, cambian las relaciones económico-sociales. Con el cambio de estas relaciones cambia también la naturaleza del hombre social. Y con el cambio de esta naturaleza cambia la relación recíproca de los diversos factores de la vida social. Este es un "punto" extremadamente importante: puede decirse que quien lo ha comprendido, ha comprendido la totalidad del problema.

Empecemos por suponer que existen tan solo dos factores: el material o económico, que satisface las necesidades del "cuerpo", y el espiritual, que satisface las necesidades del "espíritu" (esto según la terminología de Karéev) ¿Qué influencia tiene el desarrollo de las fuerzas de producción sobre esta relación recíproca?

Por razones de mayor simplificación, supongamos inclusive que este desarrollo no lleva a la división de la sociedad en clases.

Las fuerzas productivas que están a disposición del hombre primitvio son sumamente reducidas; por esta razón la mayor parte del tiempo de éste está dedicada al simple mantenimiento de su vida física. Es decir, sobre este hombre ejerce un pleno dominio el "factor económico". Pero a medida que aumenta sus fuerzas productivas, después de satisfacer las necesidades del "cuerpo" este hombre contará cada vez más con una mayor cantidad de tiempo libre, que puede dedicar a intereses "espirituales": utilizará este tiempo en ocupaciones científicas, artísticas, etc. De esta manera, puede decirse que, a medida que se desarrollan las fuerzas de producción, el factor espiritual se robustece cada vez más y, en consecuencia, la misma historia se encarga de confirmar el "materialismo" histórico".

Este sería el caso si el desarrollo de las fuerzas productivas no llevara a la división de la sociedad en clases. Pero esta es una suposición arbitraria. ¿Qué ocurre en la realidad? En la realidad el desarrollo de las fuerzas de producción destruye la

igualdad primitiva y crea ricos y pobres. Los pobres, como los salvajes primitivos tienen muy poco tiempo para satisfacer las "necesidades espirituales". El factor económico ocupa necesariamente todo su campo visual y cuando alguna vieja viuda pierde a su único hijo, su dolor se expresa aproximadamente en estas palabras:

¿Quién se ocupará de esta viejecita sola? ¡Con nada me he quedado! Bajo las lluvias del otoño, en el frío invierno, ¿quién juntará leña a para mí?

¿Quién me traerá pieles de liebre nuevas
cuando se me gaste esta pelliza abrigada?
¡Se murió, se murió tu hijo querido! ¡De nada sirve su fusil)
(Nekrásov)

¿Qué ocurre cuando se trata de ricos, o por lo menos, de personas en situación segura? El factor económico no ocupa todo el campo visual de estas personas y su pena íntima se expresa, por ejemplo, del modo siguiente:

Oh ques des soirs d'hiver radieux et charmants
Passés a raisonner langue, histoire et grammaire:
Mos quatre enfants groupée sur mes genoux, leur meré
tout près, quelques amis causant au coin du feu!
J'appelais cette vie ëtre content de peu!
Et dire qu'elle est morte! Hélas, que Dieu m'assiste!
Je n'etais jamais gai quan je la sentais triste;
Jiétais morne au millieu du bal le plus joyeux
Si j'avais en partant, vu quelques ombres en ses yeux! *

Naturalmente, esto no quiere decir que los ricos o las personas acomodadas quieran más a sus parientes que los pobres. No: el asunto consiste aquí en que la asociación de las impresiones es diferente. La viejecita de Nekrásov expresa el apego a su hijo pensando en la "Pelliza" en las "pieles de liebre", etc., etc., pues el amor que su hijo le tenía se manifestaba constantemente en una preocupación por satisfacer las necesidade de su "cuerpo". Ella y su hijo eran pobres y los pobres perecen si no son capaces de trabajar y si no tienen parientes próximos que puedan sostenerlos con su trabajo. Si la viejecita de Nekrásov fuera rica, el amor de su hijo no se habría expresado a través de su preocupación por satisfacer las necesidades básicas del "cuerpo" de su madre: estas necesidades se habrían satisfecho por medio del dinero, y la preocupación afectuosa de su hijo se habría enderezado a la satisfacción de tales o cuales necesidades "espirituales" de su madre. Y si el hubiera muerto aún antes, entonces ella no tendría ningún motivo para recordarlo con relación a "la leña o la pelliza", De todos modos, recordaría entonces la ternura que él demostraba en su infancia, en la época en que ella "contentándose con poco", es decir, libre de cualquier necesidad material, podía entregarse plenamente a su tierno sentimiento maternal. Repito que el asunto no consiste en la hondura o la delicadeza de los sentimientos, sino en la asociación de las impresiones, que dependen en mayor o menor grado del estado material de la vida, es decir, de una causa económica. Sea como fuere, es indudable que dada la división de la sociedad en clases, el factor económico desempeña un papel múltiple en la vida de los hombres que pertenecen a distintas clases y que esta multiplicidad de su función determina la estructura económica de la sociedad.

Esta conclusión es interesante: la función del factor económico está determinada por la estructura económico-social. ¿Significa esto que la estructura económica y el factor económico son la misma cosa? En modo alguno, y es sumamente sorprendente que no hayan entendido esto ni el señor Karéev ni los que piensan como él.

Por estructura económica de una sociedad se entiende el conjunto de esas relaciones recíprocas que se establecen entre los hombres en el proceso de su actividad productiva. Esta actividad productiva no solo toma en cuenta las necesidades del "cuerpo", como piensa el señor Karéev. Pero si realmente esta actividad tuviera esa única finalidad, entonces sería absurdo identificar la actividad productiva de los hombres con las relaciones recíprocas que se establecen entre ellos al ejercer dicha actividad; Nuestros adversarios no pueden entender de ningún modo que cuando hablamos de la estructura económica, hablamos justamente de estas relaciones.

El lector ya sabe en qué forma se condiciona la estructura económica de una sociedad. Esta estructura no es una causa sui (causa de sí misma), Pero una vez existente, una estructura determina por sí sola toda la preestructura que se levanta sobre ella.

A pesar de ello, no es admisible recurrir perpetuamente a lo "económico" para explicar los fenómenos sociales.

En el primero de mis artículos sobre los destinos de la crítica rusa, al esforzarme por aclarar al señor Belinski el punto de vista de los materialistas actuales sobre el desarrollo de la literatura y el arte, yo mencioné de paso la pintura francesa. Volveré sobre este ejemplo:

Tengo antemí una reproducción del célebre cuadro de David: "Les licteurs rapportent a Brutus les corps de ces fils".

Me pregunto: ¿cómo surgió la escuela de David en las relaciones sociales de producción?

A fin de dilucidar correctamente este problema, es menester recordar que todas las partes de la "superestructura" estan lejos de provenir directamente de la base económica: el arte está ligado tan solo indirectamente con este fundamento. Por tal motivo, al formular juicios sobre el arte es menester tomar en cuenta las instancias intermedias.

Veamos, pues, como se resuelve este problema refiriéndonos a las instancias intermedias.

VII

El desarrollo de las relaciones económicas en Francia fue promovido por el Tercer Estado que, por su importancia real, lo era "todo", y por sus derechos "no era nada". Esta contradicción, naturalmente suscitaba en él un descontento que fue aumentando cada vez más y engendró en sus mejores representantes la voluntad de terminar con el viejo orden a cualquier precio. Una vez que apareció esta voluntad, debió asimismo surgir la conciencia de que "la tarea de corregir la obra de los siglos no es fácil:" y que la liquidación de un orden que se sobrevive exige grandes sacrificios de parte de los innovadores. Junto con esta conciencia -y como consecuencia necesaria- surgió un sentimiento de simpatía hacia los hombres que habían mostrado un amor abnegado por su patria en otras épocas y en otros países. Los ejemplos más elocuentes de este amor estaban dados entonces por la historia del mundo anti-

gub. Y es así que las personas progresistas en Francia se interesan en esta historia: recordad el relato de Mme. Roland cuando se refiere a su embeleso juvenil por Plutarco. Después de esto no debemos asombrarnos de que David haya pintado un bruto. No hay que asombrarse del éxito que tuvo su cuadro; no hay que asombrarse, finalmente, ni siquiera de que dicho cuadro haya sido pintado en cumplimiento de un pedido oficial. Esta última circunstancia es acerdatamente explicada por Ernest Chesneau: "En los últimos años del reinado de Luis XVI -escribe- la atracción que ejercían los antiguos republicanos suscitó en el mundo oficial un vivo interés por la representación artística -en la plástica, en la pintura y en la literatura- de las hazañas de los héroes griegos y, en especial, de los héroes romanos. Cediendo a esta inclinación del gusto de sus compatriotas, el señor d'Angevillier, director de construcciones reales, encargó a David dos cuadros que cimentaron decididamente la reputación de éste: "Le serment des Horaces" y "Les licteurs rapportent a Brutus les corps de ces fils". D'Angevillier está movido por la presión pública, y la tendencia de esta opinión definía las relaciones sociales en la Francia de esos días, que eran la consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas y que habían cambiado profundamente toda la economía". Todo esto se entiende fácilmente, y Chesneau observa con acierto: "David reflejó exactamente el sentimiento nacional, que a su vez aplaudió al artista. David reflejó exactamente el sentimiento nacional, que a su vez aplaudió al artista. David representó a los héroes que el público había adoptado como modelos: entusiasmado ante estos cuadros, el público fortaleció su sentimiento admirativo por estos héroes. De aquí la facilidad con que se produjo en el arte

un viraje semejante al viraje producido en las costumbres y en el sistema social".

Las causas señaladas explican los temas elegidos por David para sus cuadros. Pero el viraje realizado por David, naturalmente no se limita a esta elección. También cambiaron todas las relaciones de los pintores con su propio arte. David se había sublevado contra una escuela que se destacaba por su extremo amaneramiento, por una melosidad y una afectación que alcanza sus últimos límites en Carl Van Loo y sus discípulos. La actividad artística de David fue una reacción contra esta tendencia afectada y melosa. Y la afectación y la melosidad fueron remplazadas por una austera sencillez*.

Pero, ¿dónde podía encontrar él los mejores modelos de esta sencillez? Una vez más, en la Antiguedad y, principalmente, en la Antigüedad Romana, que en aquel tiempo era mucho más conocida que la griega. David tomó, pues, como modelo a la Antigüedad. Pero la pintura antigua es muy poco conocida: para los pueblos modernos el arte que más claramente expresa los conceptos estéticos de la Antigüedad es la escultura. Es facil demostrar que esta situación condicionó las principales insuficiencias de la escuela de David. Pero no podemos entrar aquí en detalles: limitémonos a ,decir justamente por esta circunstancia cada cuadro "histórico" de David representa un conjunto de estatuas más o menos bien pintadas".*

Esta insuficiencia básica fue advertida cuando la burguesía, después de haber conquistado una nueva posición en el

país, tuvo otro estado de ánimo. Pero en el siglo XVIII nadie notó esto, pues dicha insuficiencia estaba estrechamente vinculada al gran valor que se atribuía a la pintura de David.

Se puede decir, y se ha dicho más de una vez, que David y sus discípulos estaban totalmente despojados del necesario temperamento plástico. Esta insuficiencia, por supuesto, no se puede explicar ni por la previa situación de la pintura francesa antes de David, ni por la influencia del arte de la Antigüedad. Pero se explica muy bien por la situación social que reinaba entonces en Francia, una situación que favorecía notablemente el desarrollo de la racionalidad, pero desfavorable al desarrollo de los talentos plásticos. En David la racionalidad dominaba totalmente sobre la imaginación, y por esto, se sobreentiende, su pintura tuvo mucho que sufrir. Los pintores románticos, sin duda, tenían una composición artística mucho más desarrollada que los de la escuela de David. Pero el romanticismo corresponde a otro grado en el desarrollo social de Francia.

Así es que el viraje realizado en la pintura por David fue tan solo una expresión artística de la lucha de liberación del Tercer Estado. Si yo estoy enterado de la relación de este movimiento con el desarrollo de la estructura económica de la sociedad francesa, estaré en condiciones de vincular este desarrollo y la actividad artística de David. Pero recurrir directamente a lo "económico" no explica nada y solo puede ser un fruto de la defectuosa "concepción" histórica que tienen los materialistas (dialécticos, señor Mijailovski) actuales.

A fin de terminar con el problema de los "factores" habré de presentar aún dos ejemplos.

La época revolucionaria produjo de golpe una cantidad de notables oradores, Mirabeau, Barnavo, los girondinos y muchos de los montagnards eran verdaderos maestros de la palabra. ¿Donde habían aprendido su arte? En los grandes trágicos franceses, que habían llevado a la perfección "l'art bien diré". De este modo, la tragedia aparece como un "factor" que ejerció influencia sobre el desarrollo de la elocuencia política y constituyó una temible arma en manos de los políticos de la época. Otro ejemplo. A fines del siglo XVIII y principios del XIX la literatura francesa estuvo sometida a una fuerte influencia de parte del "factor" político, mientras que la influencia sobre ella de la "economía" es muy poco perceptible. He aquí un hermoso ejemplo a utilizar, cuando expreseis vuestra noble indignación contra los insensatos "discípulos" que no reconocen ningún otro "factor" fuera del "económico". Pero si, dejando de lado vuestras encendidas tiradas contra ellos, queréis averiguar qué condiciona la relación recíproca y - iprestad atención! -el estado en continua mutación de estos "factores", en tal caso dareis vueltas en círculo hasta el momento en que acudais a esos mismos incómodos discípulos", quienes habrán de deciros lo que sigue.

Una determinada situación de las fuerzas de producción condiciona una determina estructura económica de la sociedad. Dentro de una estructura maduran ciertas relaciones jurídicas y políticas. El conjunto de todas estas relaciones se refleja en la conciencia de los hombres y condiciona el

comportamiento de estos. A veces la "economía" influye sobre los actos de los hombres por intermedio de la "política". a veces por intermedio de la filosofía, a veces por intermedio del arte o de cualquier otra ideología, y tan solo de cuando en cuando, en los últimos grados del desarrollo social la economía aparece en la conciencia de los hombres con su específico aspecto económico. En la mayoría de los casos obra sobre los hombres a través de todos estos factores combinados, por lo cual su influencia recíproca, así como la fuerza de cada uno de ellos por separado, depende de qué clases de relaciones sociales se han creado sobre un fundamento económico dado, y esto. por su parte, está determinado por el carácter de tal fundamento.

En los diversos estadios del desarrollo económico de una sociedad cada ideología dada, en grado desigual, sufre la influencia de las otras ideología. Al principio el derecho está subordinado a la religión, después -como, por ejemplo, en el siglo XVIII- cae bajo la influencia de la filosofía. A fin de vencer la influencia de la religión sobre el derecho, la filosofía debe llevar a cabo una encarnizada lucha. Esta lucha se presenta como una lucha de conceptos abstractos y tenemos la impresión de que cada "factor" dado adquiere o pierde su importancia de acuerdo a su propia fuerza y a las leyes inmanentes del desarrollo de dicha fuerza, mientras que, en realidad, su destino está totalmente determinado por la marcha del desarrollo de las relaciones sociales.

Hasta qué punto el destino de cada "factor" separado depende de las propiedades, inclusive secundarias, de estas relaciones, se puede mostrar mediante una comparación de la

revolución francesa con la revolución inglesa. Ya Guizot en su prefacio a la Histoire de la Revolution d'Anglaterre, señalaba acertadamente que ambas revoluciones habían sido producidas por las mismas tendencias y tenían los mismos orígenes ("la tendance etait la même comme l'origine; les désirs, les efforts, les progrès sont dirigés vers la même but"). Pero estas mismas tendencias no se expresaban del mismo modo en Inglaterra y en Francia. En el primero de estos países dichas tendencias adoptaron un carácter religioso; en el segundo, un tinte filosófico. Esta diferencia del papel desempeñado por los "factores", provenía de ciertas diferencias secundarias en las relaciones recíprocas de las clases sociales.

Anteriormente hemos dado por supuesto que existen tan solo dos factores. Ahora debemos reconocer que existen muchos. En primer lugar, cada "disciplina" científica se ocupa de un "factor" separado. En segundo lugar, en las diversas disciplinas es posible descubrir varios factores. ¿Es la literatura un factor? Sí, lo es. ¿La poesía dramática? Tambien lo es. ¿La tragedia? No veo que razón puede aducirse para negarle su condición de factor. ¿Y el drama burgués? También es un factor. En una palabra, los factores son innumerables.

Cuando los adversarios de la concepción materialista de la historia dicen que el desarrollo de la humanidad se produce por obra de muchos y muy diversos factores, están enunciando una respetable verdad: pero esta respetable verdad se reduce a que las relaciones reales de los hombres en la sociedad y el desarrollo histórico de estas relaciones, se reflejan

en la conciencia humana desde numerosos y muy diversos ángulos, situados en diversos planos. Esta verdad indiscutible no puede marcar el límite de nuestro conocimiento científico de los fenómenos sociales. Así, al reconocer que la revolución inglesa se llevó a cabo bajo la poderosísima influencia del "factor" religioso, debemos encontrar las causas sociales que condicionaron esta influencia. Análogamente después de reconocer que el movimiento social francés se produjo bajo banderas filósóficas, debemos encontrar la causa social del predominio de la filosofía. Y como sabemos ya que condiciona las relaciones sociales de los hombres, la multiplicidad y la diversidad de los factores en modo alguno ha de impedirnos contemplar la historia desde el punto de vista del monismo materialista.

El señor Miajilovski, después de leer mi artículo sobre la concepción materialista de la historia, se imaginó que yo había decidido contemplar la vida social con los ojos de los ecclécticos como él. Nuestro venerable sociólogo reveló ser tan ingenuo como la joven Margarita.

aunque con palabras un poco distintas,
esto también lo explica mi padre

En vista de esta ingenuidad juvenil, me veo obligado a oponerme con las palabras de Fausto:

no me entiendas mal,
encantadora criatura

Si el lector me pregunta si existen en realidad "materialistas económicos" de este estilo, que a diestra y siniestra meten el factor económico, he de responderles que, efectivamente, existen. En la década 1880-1890 el representante de este supuesto materialismo fue el economista De Molinari, con su obra L'evolution politique, publicada en el "Journal des economistes". Para De Molinari la guerra es un arreglo comercial que proporciona ganancias o pérdidas; la república es una igualación de las ganancias; la monarquía es una empresa autónoma etc., etc. El mismo De Molinari considera que el orden económico burgués es el orden natural de las relaciones económicas. Por supuesto, esto es un absurdo total. Pero un elemento bastante considerable de esta clase de materialismo estaba ya presente en los historiadores franceses de la primera mitad de nuestro siglo. La falta de espacio me impide aquí detenerme en este punto, pero tengo intención de conversar con el lector sobre el libro de Tocqueville La democracia en América, que hace poco tiempo ha aparecido en una traducción rusa del señor Lindt. En esa ocasión habré de tratar el punto.

Y ¿en qué grupo de materialistas habrá que poner a Tugan-Baranovski? A quien haya leído y comprendido el libro de este autor sobre las crisis, no se debe molestar con la pregunta. Pero el señor Tugan-Baranovski utiliza términos erróneos que alegran mucho a ciertos "acróbatas literarias", que no tienen ninguna idea del asunto y son incapaces de ir más allá de las querellas verbales.

El señor Mijailovski no sabe a quien hay que aplicar la ex-

presión usada por mí: "un impostor que en vano usurpa un gran nombre". He de expresarme con más precisión. A mí modo de ver "impostor" es quien propone "resolver problemas" que él, por su posición económica no puede ni siquiera comprender. Que me diga el señor Mijailovski si existe entre nosotros personas que hacen a la sociedad propuestas de una ingenuidad igualmente infantil. ¿Las hay? Entonces no hay más que hablar sobre el asunto.

VIII

Pasaré a tratar otros "puntos" del artículo del señor Mijailovski.

El señor Mijailovski dice que yo estoy resucitando el hegelianismo". Esto, por supuesto, "no es verdad" (nuevamente soy yo quien subraya). Hegel fue un idealista y a mí no puede tomarme por idealista -honradamente-, ni siquiera una persona que conozca la filosofía "a través de Lewes". Por supuesto, si no se habla honradamente, es posible que se me pueda acusar de idealista. Y como prueba se puede señalar que yo me refiero a Hegel con un profundo respeto. Pero el respeto por Hegel también me lo enseñó el autor de las notas sobre Stuart Mill. Y, he aquí lo que escribe él en su disertación sobre las relaciones estéticas entre el arte y la realidad.

"El señor Chernychevski toma en cuenta la exactitud de la actual dirección de la ciencia y, al comprobar por un lado la ineptitud de los previos sistemas metafísicos y, por el otro, el vínculo indisoluble que une a éstos con la teoría

estética predominante, ha llegado a la conclusión de que la teoría dominante en el arte debe ser remplazada por otra, más adecuada a las nuevas concepciones de la ciencia sobre la naturaleza y la vida humana. Pero antes de exponer sus ideas -que representan tan solo la aplicación de los puntos de vista de los nuevos tiempos a las cuestiones estéticas- debemos explicar las relaciones que existen entre los nuevos puntos de vista científicos y los antiguos. Con frecuencia comprobamos que los trabajadores de la ciencia se rebelan contra sus predecesores, cuya obra ha servido de punto de partida para la suya propia. Así, Aristóteles tenía una actitud hostil hacia Platón, y Sócrates desdeñaba profundamente a los sofistas que habían sido sus antecesores. En los nuevos tiempos, podemos encontrar muchos ejemplos de lo mismo. Pero a veces nos encontramos con casos felices que nos muestran a los fundadores de un nuevo sistema plenamente enterados de la relación que los liga a los pensamientos de sus antecesores, y se califican modestamente a sí mismos de discípulos. Al mismo tiempo que sacan a luz las insuficiencias conceptuales de sus predecesores, expresan honradamente que el trabajo de éstos ha contribuido en mucho al desarrollo del propio pensamiento. Tal fue, por ejemplo, la relación entre Spinoza y Descartes. En honor de los fundadores de la ciencia actual hay que decir que consideran con respeto y casi con amor filial, a sus predecesores, que plenamente reconocen la grandeza de su genio y la parte positiva de sus doctrinas en lo cual se muestran verdaderos descendientes de ellos. El señor Chernyshevski comprende esto y sigue el ejemplo de estos hombres, aplicando el pensamiento de ellos a las cuestiones estéticas".

El maestro de filosofía de Chernyshevski fue Feuerbach, y el hombre que constituye la fuente del sistema de Feuerbach y por quien Chernyshevski -siguiendo el ejemplo de Feuerbach- siente un enorme respeto, fue el mismo Hegel, cuyas obras el señor Miajilovski califica despectivamente de "metafísicas". De pasada habré de decir que esto no es en absoluto exacto. ¿Es posible afirmar que Mijailovski tiene tal o cual opinión sobre las obras de Hegel, cuando no las ha leído? Habría que elegir, pues, otra expresión, y yo confío que mi pensamiento será comprendido por el lector.

Con análogo respecto habla Chernyshevski de Hegel en sus Ensayos sobre la literatura rusa de la época de Gógol. El señor Mijailovski podría leer con mucho provecho las siguientes líneas.

"No somos más discípulos de Hegel que de Descartes o de Aristóteles. Hegel pertenece actualmente a la historia. Nuestros tiempos tienen otra filosofía y comprenden perfectamente las insuficiencias del sistema hegeliano; pero se debe reconocer que los principios establecidos por Hegel estaban muy cerca de la verdad, y que ciertos aspectos de ésta fueron expuestos por dicho pensador con un vigor impresionante. Entre estas verdades hay algunas, descubiertas por Hegel, que constituyen su propio mérito; otras no pertenecen exclusivamente a su sistema, sino a la filosofía alemana de los tiempos de Kant y Fichte. Pero nadie antes de Hegel había formulado estas ideas tan claramente y con tanta fuerza como él en su sistema".

Y este es el concepto que -yo pecador- tengo de Hegel. Tampoco intentó resucitar el "hegelianismo" como el cartesianismo, pero se que "los principios establecidos por Hegel estaban muy cerca de la verdad, y que ciertos aspectos de esta fueron expuestos por dicho pensador con un vigor impresionante". Es esto lo que yo digo en mis artículos. Al señor Mijailovski no le gusta. Habré de decirle, como von Wiesen: "La ignorancia humana se consuela tomando por desatino aquello que no entiende.

¿Sabe usted, lector, cuáles eran los rasgos característicos de la filosofía de Hegel que prefería el autor de las notas sobre Stuart Mill? Su odio al "pensamiento subjetivo" y el método dialéctico. ¿Se asombra usted? Pues lea:

"Ante todo señalemos el fértil y progresista comienzo que tan fuerte y brillantemente distingue a la filosofía alemana en general y, en particular, al sistema hegeliano, frente a todas las concepciones del mundo falsas y timoratas que dominaban en esos tiempos (comienzos del siglo XIX) en Francia e Inglaterra: "la verdad es la finalidad suprema del pensamiento: el pensador debe estar dispuesto a sacrificar a la verdad sus opiniones más queridas. El error es la fuente de toda miseria; la verdad es el bien supremo y el origen de todos los otros bienes". A fin de apreciar la importancia extraordinaria de esta exigencia, generalizada en toda la filosofía alemana desde los tiempos de Kant, pero expresada con especial energía por Hegel, es menester recordar con qué condiciones extrañas y estrechas limitaban a la verdad los pensadores de las otras escuelas de esta época: ellos filosofaban con el sólo propósito de

"corroborar sus convicciones preferidas", es decir, no buscaban la verdad, sino que procuraban encontrar un apoyo a sus presupuestos; cada uno tomaba de la verdad tan solo aquello que le gustaba, y lo que le resultaba desagradable para su verdad era negado, reconociendo sin ceremonias que un error placentero es mucho mejor que una verdad imparcial. Esta manera de interesarse no en la verdad, sino en la confirmación de las prevenciones agradables, fue calificada por los filósofos alemanes (especialmente por Hegel) de "reflexión subjetiva", de filosofía destinada a la satisfacción personal y ajena a las exigencias vivientes de la verdad. Hegel tildó duramente a esta tendencia de diversión vacía y perjudicial".

¿Verdad que es un trozo notable? Esta cita explica de manera excelente los motivos por los cuales nuestros progresistas han odiado a Hegel a partir del momento en que se dedicaron a su "diversión vacía y perjudicial", a sus "reflexiones subjetivas. Y ahora escuchar lo que dice Chernyshevski sobre la dialéctica:

"Como una medida necesaria de seguridad en contra de la tendencia a apartarse de la verdad, siguiendo los deseos y los prejuicios personales, Hegel creó el célebre "método dialéctico del pensamiento". La esencia de este método consiste en que el pensador no debe satisfacerse con ninguna conclusión positiva, sinoque se debe indagar si en el objeto pensado no positiva, sino que se debe indagar si en el objeto pensado no hay cualidades y fuerzas contrarias a las que se perciben en él a primera vista. Así, el pensador debe observar el objeto desde todos los ángulos y la verdad se presentará tan solo como

una consecuencia de la lucha de todas las posibles opiniones contrarias. De este modo, en vez de los conceptos unilaterales sobre el objeto, poco a poco se va realizando una investigación plano y multilateral y se establece un concepto vivo de todas las cualidades activas del objeto. La explicación de la realidad se convirtió en el deber primordial del pensamiento filosófico. Esto exigía una intensa atención a la realidad, en la cual no se pensaba antes, y a la cual se deformaba sin miramientos de acuerdo a las propias preferencias y gustos. De tal modo, la indagación incansable y honrada de la verdad remplazó a las antiguas divagaciones arbitrarias. En la realidad todo depende de las circunstancias, de las condiciones de lugar y de tiempo. Por este motivo Hegel pensaba que las frases previas generales, que juzgan sobre el bien y el mal, no toman en cuenta las circunstancias y las causas que originan un fenómeno dado no son satisfactorias: todo objeto, todo fenómeno tiene su isgnificado propio y solo se lo puede juzgar tomando en cuenta las circunstancias dentro de las cuales existe. La idea ha sido expresada acertadamente por la fórmula: "No existe la realidad abstracta? la verdad es concreta". es decir, un juicio determinado solo se puede dar sobre un hecho determinado y después de tomar en cuenta las circunstancias de las cuales depende".

De aquí se desprende que el método dialéctico no es en absoluto esa cosa perversa que, al parecer imagina el señor Mijailovski. También es evidente que la dialéctica solo puede ser condenada por quienes se inclinan al "pensamiento subjetivo". Finalmente, es claro que si yo "resucito el hegelianismo" y defiendo la dialéctica, esto "no es un crimen tan

grave" y, por supuesto, Chernyshevski no me va a condenar por ello. En manos de los materialistas actuales el método dialéctico ha adquirido ya un nuevo e importante significado.

"Mi método dialéctico -dice el autor de El Capital- en su fundamento no solo se distingue del hegeliano, sino que constituye su contrario directo. Para Hegel el proceso del pensamiento, que él transforma con el nombre de Idea en un sujeto autónomo, es el Demiurgo de la realidad. Para mí, por el contrario, lo ideal es tan solo el reflejo y la traducción de lo material en el cerebro del hombre. En su forma mistificada, la dialéctica ha llegado a ser una moda en Alemania, pues se la considera una justificación de todo lo existente. En su aspecto racional la dialéctica resulta odiosa a la burguesía y a sus voceros teóricos, pues además de explicar lo existente explica la necesidad de su negación y desaparición. La dialéctica considera toda forma dada en su movimiento, como algo transitorio; este es el motivo por el cual la dialéctica no se detiene en nada y tiene una naturaleza esencialmente crítica. y progresista.

Yo considero un honor el "resucitar" este método, ante el cual no podrán resistir nuestros pensadores "subjetivos" y nuestras utópicas fórmulas de progreso". El señor Mijailovski presiente también que la situación de los pensadores subjetivos y de las fórmulas utópicas es muy mala en la actualidad; por tal motivo se esconde detrás de nuestros progresistas y nos denuncia como encarnizados enemigos de la herencia que nos ha sido legada por la década 1860-1870 Pero esto

también es "falso" (subrayado por mí). Los años que van de 1860 a 1870 nos han dejado una variada herencia. De ellos hemos heredado, por ejemplo, las ideas de Dobroliúbov y de sus amigos. Invtio al señor Mijailovski a que me demuestre dónde y cuando hemos atacado nosotros estas ideas. El señor Mijailovski nunca podrá demostrar esto, por la sencilla razón de que nosotros, por el contrario, las hemos defendido. Y en esa década también comprobamos nosotros el aporte de Mijailovski y de algunos de sus colegas; Esta herencia, por así decirlo, es un regalo no solicitado: de esta herencia nosotros renegamos con toda el alma. Renegamos, en primer término, porque rechazamos totalmente esa diversión perjudicial y vacía que se llama el pensamiento subjetivo y, en segundo término porque esa diversión perjudicial y vacía que se llama el pensamiento subjetivo y, en segundo término porque esa diversión perjudicial y vacía que se llama el pensamiento subjetivo constituye una reacción contra las ideas que amamos en el círculo de Dobroliúlov. El subjetivismo se afianzó entre nosotros en el momento en que abandonó la escena este círculo. El señor Mijailovski, con mucha razón, podría aplicarse a sí mismo las palabras de Skalozub:

Estoy muy contento entre mis compañeros;
en este momento hay vacantes:
los antiguos han quedado cesantes
y los otros, como ves, están terminados...

Si este hombrecito, que aparece engrandecido en el momento en que los hombres más grandes se alejan, nos ha acusado de tener una actitud negativa hacia la herencia ideológica de la década del 60, es porque cuenta con la corta memoria del

lector. Pero al proceder así ha dado un paso muy riesgoso. La memoria del lector solo es corta hasta este momento, pero ¿que ocurrirá si el lector decide investigar las fechas?. ¿Qué ocurrirá si el lector se aclara finalmente la verdadera relación que existe entre el señor Mijailovski y la herencia que nos ha sido legada por la década del 60? Entonces puede ocurrir que el señor Mijailovski y sus partidarios dejen de ser tomados en serio hasta por los más ingenuos de los "jóvenes subjetivos". Por supuesto, con esto saldrá beneficiado nuestro desarrollo intelectual. Pero los señores subjetivistas tienen mucho que perder en tal caso.

IX

El señor Mijailovski afirma que los puntos de vista filosóficos de los colaboradores de Novoie slovo no han sido esclarecidos aún. El se basa en que algunos de estos colaboradores han "resucitado el hegelianismo" (el lector ya sabe qué significa esto), y otros tienen inclinaciones por la llamada filosofía crítica. Pero dos personas pueden tener puntos de vista filosóficos muy claros y opinar de distinto modo.*

NOTAS

* El habla exactamente del auto-desarrollo de los modos de producción y de las formas del intercambio. Pero nosotros sabemos ya que estos modos y estas formas constituyen lo que se llama las relaciones recíprocas de los hombres en el proceso de producción.

* Marx y yo hemos sido casi los únicos que salvamos la dialéctica de la filosofía idealista alemana y la aplicamos a la concepción materialista de la naturaleza y la historia". (F. Engels, Anti-Duhring).

* Había cuatro que querían pelear, pero había tres que no querían. el cuarto dijo: no es asunto mío. Y esto no impide que hayan sido cuatro los que querían pelear.

* Ver en especial su libro: Du gouvernement de la France depuis la Restauration et su ministère actuel, París, 1820.

* (Oh, cuántas veladas de invierno, radiantes y encantadoras,
hemos pasado charlando del idioma, de historia y de gramática,
mis cuatro hijos sobre mis rodillas;
¡su madre, al lado y algunos amigos junto al fuego!
Yo decía: "Llevar esta vida es contentarse con poco!
¡Y pensar que ha muerto! ¡Ay , que Dios me ayude!
Nunca podía estar contento si sentía que ella estaba triste;
y estaba apenado en medio del baile más alegre,
si, en el momento de partir, había visto alguna sombra en sus ojos).

(V. Hugo)

* "Autant on a ete loin dans le contourné, le fadement gracieux, autant on va voyloir réagir dans le simple et dans l'austere", Arsebe Alexandre, Histoire Populaire de la Peinture, école francaise, pág. 254. ("Cuanto más lejos se ha ido en la afectación y en las gracias insípidas, tanto mas fuerte será la reacción a favor de la sencillez y la austeridad").

* De aquí surge claramente que el arte de una época dada, como toda otra ideología, como toda psicología social que refleja las relaciones sociales, está estrechamente vinculada al mismo tiempo, desde el punto de vista formal -en una sentido positivo o negativa- al arte de la época o las épocas precedentes. Es menester recordar esto al estudiar la historia de las ideologías.

* Aquí se interrumpe el texto manuscrito.

Indice

Introducción	7
Concepción Materialista de la Historia	9
Notas	59
Advertencia	63
Sobre el factor económico	67
Notas	123

TITULOS DEL EDITOR ROJO

Correspondencia completa de Marx y Engels 2 tomos
(Agotado)

Lucha de Clases Poder Pol. Estado. Marta Harnecker

Luchas Sociales en la antigua Roma. León Bloch (agotado)

Qué quieren los Comunistas
B. Leibzón

Incitación al Nixonicidio
Poemas – Pablo Neruda

Educación y Lucha de Clases
Aníbal Ponce

Historia de la Edad Media
E. A. Kosminsky

Concepción Materialista de la Historia. G. Plejanov

Lecciones de Economía Política
Antonio Pesenti

